



CUENTO CORTO AFROCOLOMBIANO

Antología

Compiladores:
Guillermo Bustamante Zamudio
Harold Kremer

Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca

CUENTO CORTO AFROCOLOMBIANO

Antología



Compiladores:

Guillermo Bustamante Zamudio
Harold Kremer

CUENTO CORTO AFROCOLOMBIANO

Antología



Compiladores:

Guillermo Bustamante Zamudio
Harold Kremer



CUENTO CORTO
AFROCOLOMBIANO

Antología

ISBN:

© Guillermo Bustamante Zamudio

© Harold Kremer

Clara Luz Roldán

Gobernación del Valle del Cauca

Leira Giselle Ramírez Godoy

Secretaría de Cultura

República de Colombia

Coordinador Editorial

José Zuleta Ortiz

Imagen de carátula

Cabeza de princesa africana. Anónimo.

Diseño y Diagramación

Héctor Santamaría García

Primera edición, Octubre de 2021

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin autorización de los edito-
res y de los propietarios del *copyright*



CONTENIDO

Sobre esta colección	11
Presentación	13
ORÍGENES	
La raza blanca	17
Los costeños	19
La muerte entre los hombres	21
Las inundaciones	23
El oro	25
Las islas de Tumaco	27
CANDELARIO OBESO	
La obediencia filial	31
GREGORIO SÁNCHEZ GÓMEZ	
Pólvora mojada	35
Culpable	37
JORGE ARTEL	
Mr. Davi	41
HELCÍAS MARTÁN GÓNGORA	
La yerba	45
Relato en el aserrío	47
Minihistoria	49

MANUEL ZAPATA OLIVELLA			
Trata I		53	
Condena I		55	
Condena II		57	
ARNOLDO PALACIOS			
Ímpetu de sangre		61	
El negro Pastor		63	
Toy aburrío aquí		65	
CARLOS ARTURO TRUQUE			
Punto de fuga		69	
De cómo Jim empezó a olvidar		71	
Barco que lleva mujé, le cae fucú		73	
HAZEL ROBINSON ABRAHAMS			
El día después		77	
Modus vivendi		79	
ÓSCAR COLLAZOS			
Cabalgata dominical I		83	
Los vecinos nunca sospechan la verdad		85	
2		87	
CÉSAR ENRIQUE RIVAS LARA			
Política en pueblo de negros		91	
Un rastro		93	
¡Las muletas!		95	
AMALIA LUCÍA POSSO FIGUEROA			
Secundina aprende a leer		99	
Chisme de Basilisa		101	
Las nalgas de Wbaldina		103	
ROBERTO BURGOS CANTOR			
Destello 2		107	
Viejos conocidos		109	
Destello 1		111	
PEDRO BLAS JULIO ROMERO			
Otro día			115
ALFREDO VANÍN			
Un tema			119
Corsarios			121
Heraclitiana			125
SONIA NADHEZDA TRUQUE			
Tercer lugar de la memoria			129
Miseria y desazón			131
LYA DAMARIS SIERRA GONZÁLEZ			
Máscaras			135
Platónica			137
La burla de los dioses			139
PEDRO WALTHER ARARAT CORTÉS			
Las sobrevivientes			143
Artesano			145
La risa asesina			147
RÓMULO BUSTOS AGUIRRE			
Crónica del árbol de agua			151
Escena de Marbella			153
Monólogo de Jonás			155
LENITO ROBINSON-BENT			
Hacer y deshacer nudos			159
Correspondencia			161
El naufragio			163
SONIA SOLARTE O.			
La reencarnación de las esfinges			167
DORA ISABEL BERDUGO IRIARTE			
Impacto			171

URIEL CASSIANI PÉREZ

Los designios de la última prueba	175
Pequeños ensayos de brujas	177
Entre las cenizas vuela el cisne	179

NENA CANTILLO ATUESTE

Colorín colorado	183
Chiquita	185
Carta a Laura	187

TRADICIÓN ORAL PACÍFICA

San Benito	191
El murciélago	193
Cuatro hermanos	195
Una deuda del Tío Conejo	197

TRADICIÓN ORAL ISLEÑA

El muñeco de brea	201
Araña engaña a Tigre	203
Anancy le hace una jugarreta a Tigre	205

TRADICIÓN ORAL ATLÁNTICA

Pebre de conejo	209
El mico es cobarde	211
El rey negro	213
El santo blanco y su santa mujer	215
Bibliografía	217

SOBRE ESTA COLECCIÓN

Dando continuidad al Fondo editorial de la Gobernación del Valle, presentamos a la comunidad vallecaucana, cinco libros que siguen las recomendaciones de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad del Departamento y que tiene como propósito la construcción, estudio y difusión de nuestra identidad cultural. Según recomienda dicha política: “es importante tener presente la gran diversidad de rasgos culturales que caracterizan al Valle del Cauca lo que constituye su mayor singularidad y su mayor riqueza”.

Estos nuevos libros son: Antología del cuento Vallecaucano, un exhaustivo trabajo realizado por los escritores Guillermo Bustamante Zamudio, Henry Ficher y Harold Kremer. También presentamos el libro Antología del cuento corto afrocolombiano realizada por Guillermo Bustamante y Harold Kremer. A estos dos libros se suman los libros: Antología sobre el agua y los árboles. Una antología de poesía y prosa alrededor de este tema, que tiene la intención de construir conciencia, desde el arte, para el cuidado del agua y de los bosques. Presentamos también un libro para promoción de lectura dirigida a jóvenes y niños que ofrece varios formatos y géneros para que desde las familias, las aulas y las bibliotecas

se promueva la lectura. Finalmente Incluímos una muestra fotográfica, que es un reconocimiento al invaluable y largo trabajo del fotógrafo vallecaucano Chalo Rojas.

Es para mí muy satisfactorio que desde la política editorial de este fondo estemos dando prioridad a obras que garanticen la recuperación y la difusión de la tradición, la producción artística, literaria y cultural de nuestra región.

Clara Luz Roldán
Gobernadora del Valle del Cauca

PRESENTACIÓN

Esta compilación se hace en atención a la ascendencia de sus autores y a la extensión de los textos, que no son tópicos propios del acontecimiento literario, pues éste ocurre en la pluma de sujetos (independientemente de la escala cromática) y se materializa en textos que después intentamos meter en clases como poesía, novela, cuento...

En relación con el primer tópico, hay una historia lamentablemente irrevocable. Algunos tratan de estar a la altura de la indigencia humana y otros la arrojan sobre el semejante en forma de discriminación (para lo cual inventan una justificación), con tal certeza que intervienen el cuerpo ajeno, sin su consentimiento. África tuvo —y tiene— pueblos grandiosos. Los hombres que ahí vieron la luz se inventaron todo... tal como lo hicieron —y lo hacen— los hombres en cualquier parte que vean la luz. Y hubo —y hay— hombres africanos que estuvieron a la altura de la indigencia humana: jugaron con la plasticidad latente en las palabras, el barro, los sonidos, la piel, el metal; pero hubo otros que no: hoy conocemos el eslabón africano del mercado de esclavos. Así mismo, hubo —y hay— hombres europeos que estuvieron a la altura de la indigencia humana, que, en medio del desborde colonizador, mudaron a concepciones no occidentales; pero hubo otros que no. Ciertos acontecimientos históricos hicie-

ron real la esclavitud y, sin miramientos morales, los nuevos lo usufructúan: en Colombia hemos oscilado entre negar y desdeñar la literatura hecha por nuestros compatriotas afrodescendientes.

Y, en relación con el segundo tópico, vemos que siempre ha habido relatos cortos. Ciertas circunstancias los suscitan en cada época; la intención moralizante-pedagógica, por ejemplo, uno de cuyos apelativos es *fábula*. También se agazapan en modalidades más extensas, en los márgenes de las propiedades que intentan definir especies discursivas: en 1953, Borges y Bioy Casares encontraron “cuentos breves y extraordinarios” en diccionarios, poemas y libros de historia; años después (1976), Edmundo Valadés continuó ahondando en esa veta, que sigue brindando frutos, como revela la antología de cuento breve y *oculto* de Brasca y Chitarroni, que abre el siglo XXI.

Con esta *Muestra* de cuento corto afrocolombiano no sugerimos un dominio sobre ese campo, al cual no renunciamos, pero del cual nos declaramos entusiastas aprendices. Otros completarán este panorama, poco explorado en Colombia. Suministramos información de las fuentes para mostrar que el recorte no es un irrespeto al texto ni al escritor, sino una apuesta por lo insólito —escondido en anudamientos de mayor aliento y dotados de otros derroteros—, una apuesta por la consolidación de lo que Italo Calvino consideraba el género del siglo XXI.

*Guillermo Bustamante Zamudio
Harold Kremer*

ORÍGENES

Litoral Pacífico

LA RAZA BLANCA¹



Dios crió a un hombre y a una mujer. Ambos eran negros. Andando el tiempo, el matrimonio tuvo dos hijos que se llamaron Caín y Abel. Caín fue el malo y perverso, pues, desde chiquito, se dedicó al trago, a las mujeres y al juego. Abel, por el contrario, fue bueno. Oía misa, respetaba a sus padres y las cosas ajenas, y cumplía sus compromisos. Caín, envidioso de su hermano, lo mató una tarde al volver del trabajo. Pero como no hay crimen oculto, Dios se le presentó y, reprochándole su falta, lo maldijo. La canillera de Caín fue tan grande que palideció hasta tomar el color blanco que conservó hasta su muerte.

Caín fue el padre de la nación blanca que hay sobre la tierra.

¹ Velásquez, 1957. Pág. 183.

LOS COSTEÑOS²



Cuando Dios hizo la costa, se paró y la vio muy bonita. Entonces, se dijo:

—Esta preciosidad no puede ser para uno solo.

Inmediatamente llamó a unos ángeles que estaban en el patio jugando a la pizingaña; les dio barro colorado, blanco y negro, les dijo:

—Miren, mis hijos. Vayan a la costa del Pacífico y con esto hagan unos muñecos. Cuando estén fabricados, los soplan y los dejan caer con maña sobre la tierra para que no se rompan. Serán los hombres de allá.

Los ángeles obedecieron. Llegados a la frontera con Panamá, amasaron el primer barro, que era el colorado, e hicieron los muñecos. Los soplaron y los dejaron caer con cuidado. Así nacieron los indios. Acabada esta tarea, tomaron la segunda pelota de barro blanco. Hicieron lo mismo que con el primer barro. De estos muñecos nacieron los blancos. Cuando creyeron que ya nada les quedaba por hacer, se lavaron las manos. Pero un angelito que vio que

2 - Velásquez, 1957. Pág. 183-184.

no habían tocado el barro negro, dijo a sus compañeros:

—Hagamos cualquier porquería con este hollín y tirémosla a la tierra. Allá lo que resulte.

—¿Y a dónde vamos a soltarla? —preguntó otro.

—En los manglares, los ríos, los pantanos, los arenales, bocanas y esteros...

Compuestos los monicongos de cualquier forma, los arrojaron con fuerza. Los muñecos cayeron sobre piedras, raíces y troncos de árboles que les aplastaron las narices y les reventaron los labios, que les quedaron así para siempre. Como tenían el pelo biche, tomó la semejanza de la grama y de la zarza en que los muñecos se enredaron.

LA MUERTE ENTRE LOS HOMBRES³



Un día se asomó Dios por una ventana del cielo y vio que los hombres no cabían sobre la tierra. Entonces se dijo:

—Voy a aclarar la tierra de tanta gente.

Inmediatamente llamó a unos angelitos que estaban bebrochando por la cocina y les dijo:

—Ahora se van a la tierra. Pongan en el corazón de cada hombre una pasión o un vicio. Hacen jugadores, borrachos, ladrones, comerciantes, guerreros y cuanto se les ocurra. A las mujeres les infundirán la pereza, el lujo, el ansia de riqueza y la putería. Luego, se vienen. Vamos a ver qué sucede.

Lo mandado se hizo. Desde entonces, comenzó la muerte entre los hombres.

3 -Velásquez, 1957. Pág. 192.

LAS INUNDACIONES⁴



Ariba, en las cabeceras de los ríos, en las orillas, están nuestros enemigos invisibles: culebras gigantes de siete cabezas que se crían bajo la tierra. Los árboles y el monte crecen sobre sus cuerpos enormes. Cuando se mueven es que tenemos las inundaciones que cada rato destruyen case-ríos y chagras.

Un día vendrá... las culebras de siete cabezas se despertarán, saldrán de su madriguera, arrancarán los árboles y el monte que crecen sobre sus cuerpos gigantes, se arrastrarán río abajo y arrasarán nuestras casas, nuestros cultivos y nuestros troncos de gentes y minas.

4 - Friedemann, 1978. Pág. 381.

EL ORO⁵



Antes de que los negros llegáramos, los indios vivían aquí en este mismo sitio. Vivían bajo la tierra y comían oro en platos de oro y bebían oro en tazas de oro y sus hijos jugaban con muñecas de oro.

Cuando nosotros llegamos, los indios huyeron por debajo de la tierra hacia las montañas, donde comienzan los ríos. Cuando salieron, grandes pájaros blancos los atacaron, los desangraron... Pocos indios quedaron vivos. ¡Pero antes de huir, los indios cogieron todo el oro y sus tazas llenas de piñas de oro y las muñequitas de oro y despedazaron todo con pies y manos y volvieron todo polvo de oro!

Ahora, nosotros los negros tenemos que rompernos el cuerpo para encontrar el polvo de oro y poder mantenernos vivos en los sitios donde antes vivieron los indios.

5 - Friedemann, 1978. Pág. 377.

LAS ISLAS DE TUMACO⁶



Tumaco es un pueblo montado sobre tres islas. Pero no son islas. Los viejos cuentan que hace mucho tiempo, casi en el principio del mundo, tres peces enormes, venidos de muy lejos, llegaron por estas costas y se asentaron en el fondo. Cansados de haber nadado durante muchos meses, se quedaron dormidos.

Con el tiempo, la arena los fue cubriendo, cubriendo, hasta que sobre ellos se formaron tres bancos que ahora son las islas. Sobre ellas se fundó el pueblo y se pobló de hombres y mujeres que engendraron nuevos hombres y mujeres. El pueblo creció próspero y feliz, pero sólo muy pocos conocen la historia de las islas.

Los mayores que han venido escuchando la historia de generación en generación cuentan que, cada vez que los peces se mueven, sobrevienen los terremotos. Y cuentan también que los peces despertarán un día y se sacudirán y las islas desaparecerán y entonces todos los que habitamos en ellas también nos iremos al fondo de las aguas.

6 - Vanín, 2009. Pág. 19.



CANDELARIO OBESO

Mompox, 1849 - Bogotá, 1884



LA OBEDIENCIA FILIAL⁷



-**M**e ha dicho usted que huya de los hombres, y yo les he huido; sólo a las veces cuando el sol se hunde, converso con Rogelio en el camino.

—¿Sí...? ¿Qué te dice?

—Que me quiere mucho... Yo naditica le digo...

—¿Y luego?

—Añade un apretón de manos, o me da en el cachete algún besito.

—Está bueno... ¡Junjú! ¿Con que todo eso te hace ese lambío? A pajarear no vuelvas a la roza, porque estás, hija mía, en un peligro. ¡Fue así siempre el hombre!: de panela se untan el hocico, y a las pendejas como tú las engañan para llevarlas mansitas al precipicio.

—Mamá... ¡Caray! No embrome... ¡ese muchacho tiene sus labios limpios! Y si viene en mi junta, me alza en peso, cuando muy barrialoso está el camino.

—Esas son sus artimañas... De muchacha me sucedió lo mismo. Echa a tu flor, mi hijita, cuatro nudos y no olvides jamás lo que te he dicho.

7 - Obeso, 1877. Págs. 29-30.

Al otro día, muy por la mañana, hizo la chica un lío... El sol muy lejos la topó sin flores entre los tiernos brazos del peligro. En ninguna ocasión consejo de viejas más que en ésta ha servido. ¡Cuando pica el amor los pechos jóvenes, se acaba la obediencia de los hijos!



GREGORIO
SÁNCHEZ GÓMEZ

Istmina, 1895 - Cali, 1942



PÓLVORA MOJÁ⁸



—¿Cómo va Timoteo?

—Mal, dotó; la calentura ai memo. Ni pa'trá ni pa'lante. Ahora acabo de dale el bebedizo, y se ha largao a sudá.

—Eso está bueno.

Consultando el reloj, el médico penetra en el rancho. En un rincón, sobre mísera barbacoa de estacas, el negro Timoteo se arrebuja tiritando, bajo la manta. Entre la penumbra del cuarto los ojos le brillan como tizones. Todo él brilla, con cabrilleo pegajoso, cual si lo acabaran de barnizar con aceite.

Al fondo, en la pieza continua, se columbra, puesta sobre las piedras del fogón, la olleta de barro con agua que hierve.

Examina rápidamente, con fastidio de estar allí y, saliendo de nuevo, extiende la fórmula que entrega a la mujer mientras dice:

—Lleve esto enseguida a la botica. Y no olvide mis instrucciones.

—Tá bien, dotó.

La negra se queda en el umbral, viéndolo alejarse. Su

⁸ - Sánchez Gómez, 1938. Págs. 48-49.

blanca sonrisa es ahora enigmática, casi burlona. Por curiosidad mira la fórmula, sin entender lo que dice; la dobla después con lentitud, murmurando entre dientes:

—Eto pa'qué. Blanco no recetan sino menjurgue, pendejá. Le llenan la tripa al doliente de puro potingue sin virtud. Y hablan y hablan. Ahora, esa tal botica pa'lo que sirve: cuando no falta un inguerdiente, e otro; o la droga tá vieja. Pura pólvora mojá, no má.

CULPABLE⁹



—A noche robaron toda la herramienta que estaba guardada en la caseta. Al watchman lo encontraron dormido.

—Ya está detenido el ladrón, míster Morris —informó el alcalde.

—¿Algún minero, acaso?

—No; los mineros no roban. Se emborrachan, y matan, pero respetan la propiedad. Los cacos suelen ser gente forastera.

—¿Y le encontraron la herramienta?

—Ahí está lo malo. Esos perros esconden el cuerpo del delito y no confiesan nada, aunque les trituren los huesos.

—¿Cómo pudo saber, entonces...?

—Ah, nada más fácil. A Marmato llegan todos los días gentes muy sospechosas. Vagos. Muertos de hambre. Por mí fuera, los mantendría a todos en la cárcel.

La facha del preso no puede ser más lamentable: todo él es puro harapo; los ojos febriles parecen alumbrar con fúnebre luz el semblante demacrado, descolorido. Casi no puede moverse. Morris, creyéndolo enfermo, interroga:

9 - Sánchez Gómez, 1938. Págs. 68, 70-71.

—¿Qué tiene?

—Hambre.

—¿Por qué robó?

—No he robado.

—Pero hay sospechas contra usted. ¿Adónde trasladó la herramienta?

—Hace tres días estoy aquí, buscando qué hacer. No me dan trabajo.

—¿Dónde lo detuvieron?

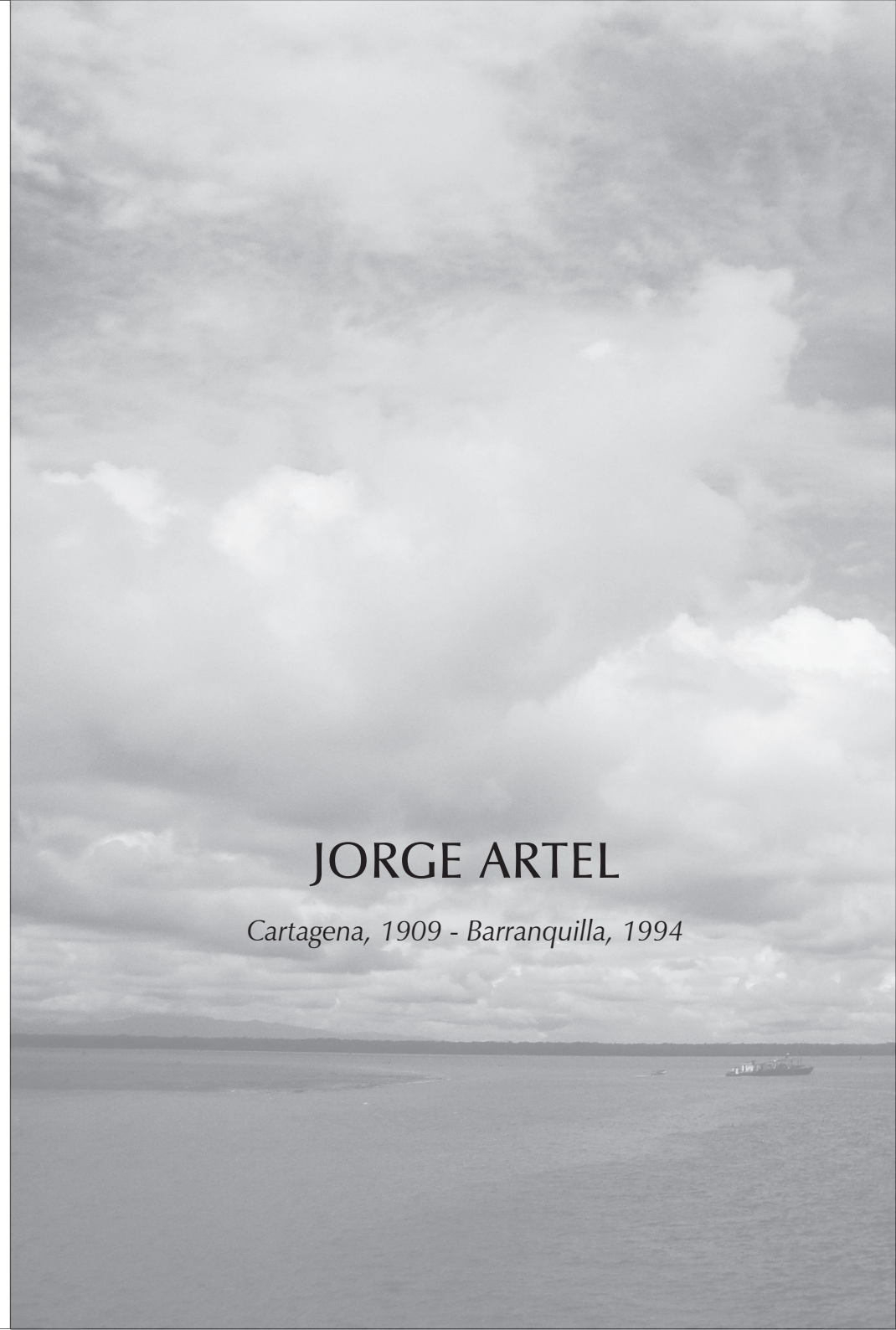
—Por los lados de la caseta. Pasaba por allí casualmente y vi a un hombre acostado. Dormido, o borracho tal vez. Yo nada sé. Seguí mi camino... Tengo hambre.

Morris se vuelve de pronto hacia el alcalde:

—Deje libre a este hombre. Que le den algún alimento; y mándelo mañana a las minas.

JORGE ARTEL

Cartagena, 1909 - Barranquilla, 1994





MR. DAVI¹⁰



Mr. Davi era negro y había nacido en tierras muy lejanas tal vez... Lo conocí en el puerto: llegó con su tristeza y su acordeón. Sobre un bulto de lonas, mientras el viento tibio, fragante de alquitrán, saturaba las horas, él zurcía una canción. (A veces sus canciones nublaban los ojos de la marinería...).

Nunca dijeron nada sus pupilas oscuras ni su boca grande, que apretaba una pipa estrafalaria... Mr. Davi tocaba imperturbable a chelín por canción.

Y un día, en que acaso brilló más bello el sol, abandonó aquel puerto: se fue con su tristeza y su acordeón.

10 - Artel, 1934. Págs. 63-64.



HELCÍAS
MARTÁN GÓNGORA

Guapi, 1920 - Cali, 1984



LA YERBA¹¹



El taxidermista, forzado por las circunstancias a ejercer como embalsamador, cumplió devotamente su improvisado oficio. Tanta habilidad puso en la ejecución del lúgubre trabajo que, al extraer las vísceras del cuerpo adolescente, lo hizo con el mismo fervor profesional que lo poseía al disecar un jaguar o una garza.

Cumplida su piadosa misión, entregó el cadáver del muchacho indio a la anciana enigmática, que dejó de plañir y se apresuró a colocarlo en el ataúd. Si la madera crujió complacientemente bajo el peso de la carga mortal, solamente la vieja pudo escuchar el vegetal aviso.

Casi al amanecer, terminada la velación secreta, abordaron la chalupa, que debía conducirlos al puerto de origen. Mar afuera, el duelo se trocó en orgía pagana.

Cuando arribaron a la ensenada natal, sobre el muelle, frente al féretro, ejecutaron los deudos la más grosera danza. En el frenesí alucinado, no se cuidaron de la policía, que los supuso víctimas de la yerba maldita.

¹¹ - Martán Góngora, 1974. Pág. 103.

Días después, el taxidermista, asombrado, leyó en algún diario de la tarde que las autoridades aduaneras habían descubierto marihuana oculta dentro del cuerpo que él mismo había embalsamado, en su tienda de campaña, con tanto primor y reverencia.

RELATO EN EL ASERRÍO¹²



En el siniestro perecieron dos personas. Los que se salvaron, quedaron con deformidad física, de por vida. De la avioneta estrellada me traje, como un recuerdo, un cojín verde.

Dormía a pierna suelta, cuando recibí la visita inesperada de una comisión de agrónomos e ingenieros forestales. A falta de cerveza les ofrecí agua de coco biche. Chichimo, el cocinero, se lució con *un pusandao a la barbacuana*, como no he comido dos en toda mi vida.

Lo difícil fue improvisar camas para los diez huéspedes. A la cena opípara siguió una agradable sobremesa. Después, rendidos por la jornada penosa, cayeron fundidos, como si Chichimo les hubiera dado *burundanga*...

Sería la medianoche cuando nos despertaron los gritos de socorro que lanzaba el ingeniero jefe de la comisión, a quien habíamos reservado la mejor pieza, en consideración a su rango. Todos acudimos a auxiliarlo. Lo encontramos desnudo, bañado en sudor. Repuesto del sobresalto agónico, refirió que dos manos frías, levantándolo por las axilas, lo obligaron

12 - Vanín, 2009. Págs. 105-106.

a sentarse en el catre. A pesar del calor intenso, él creía sentir en sus carnes, todavía, las huellas de esas manos de hielo...

Para evitar el informe en contra de los ingenieros forestales, me cuidé mucho de contarles que el rolo de la pesadilla durmió sobre el cojín verde con una manchita de sangre del aviador muerto, que aún conservo en el aserrío...

MINIHISTORIA¹³



En la única página existente del libro inédito, que cierto autor condenó a las llamas, torturado por la pasión de la autocrítica, aparecen las hermosas palabras, que transcribo textualmente, como en tardío homenaje a su memoria:

*Dono mis ojos al futuro / —sin distinción de edad, / de sexo, raza
y culto— / a un viajero espacial / que los lleve a otros mundos. /
Mis ojos que se gozan en mirar / la mujer, el mar en crepúsculo /
y los planetas que son puntos / suspensivos... /
En la noche estelar / se entregarán al júbilo / de descubrir y pene-
trar / el misterio profundo, / olvidado de libros / y de opúsculos...
/ Así, mis ojos taciturnos / no encontrarán la paz / hipotética del
sepulcro / sino que transpondrán / el muro último / que separa el
presente / del futuro.*

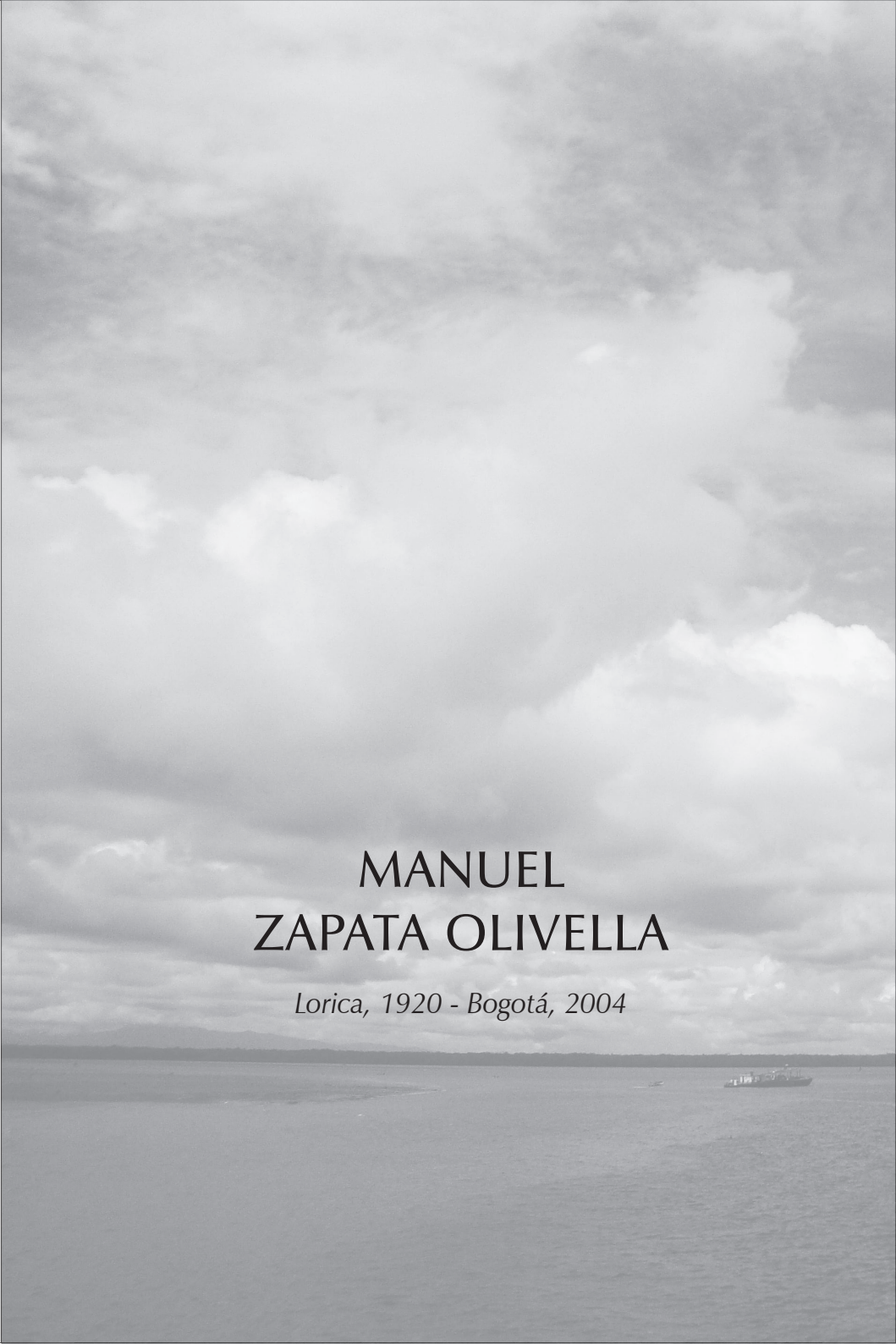
La última voluntad del escritor también constaba en las cláusulas finales del testamento abierto, escrito varios meses antes de su prematuro fallecimiento, ya que nuestro amigo

13 - Martín Góngora, 1974. Págs. 82-83.

murió muy joven, cuando apenas comenzaba a sacudirse de las buenas y malas influencias de los autores foráneos, en cuyos textos había aprendido a beber la poesía. A falta de bienes de fortuna, exigía, a sus deudos, la cremación de sus despojos mortales, al mismo tiempo que donaba sus ojos al banco ocular más próximo a la residencia campestre de sus progenitores, en donde se había encerrado a preparar esa novela, que jamás escribió.

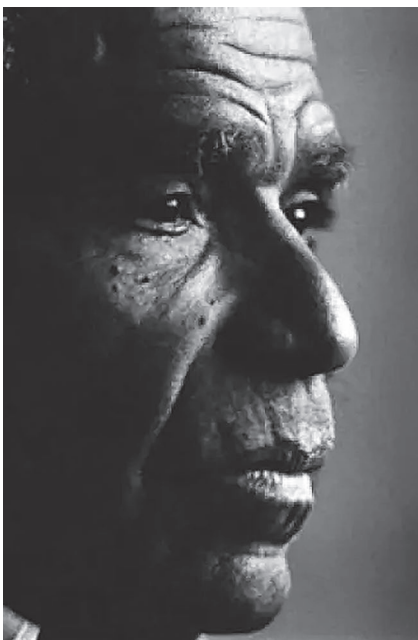
Como en aquel tiempo lejano, todavía se respetaban los deseos póstumos, las cenizas del vate fueron arrojadas al mar, en sencilla ceremonia privada, tal como él lo había dispuesto, con minuciosidad escalofriante. Así evadió pagar el tributo a la tierra que le fue hostil durante su breve tránsito por ella. Prefirió diluirse en el eterno movimiento de las olas marinas, sin dejar tras de sí una cruz ni una huella.

Borrado él por el fuego y el viento, sólo sus ojos continuarán vagando por los espacios infinitos. Viajarán por millones de años de luz, engastados a las cuencas vacías del astronauta que a esta hora, ¡al fin!, contempla la faz próxima de la luna e irradia las señales esperadas.



MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Lorica, 1920 - Bogotá, 2004



TRATA I¹⁴



—¡Eh! ¡A comer!

El estallido de los rebenques no logró movernos. Nuestras mujeres abrazan a los pequeños que chupaban sus senos secos.

—¡Malditos ashantis! ¡Cuándo se vio una perra hambrienta rechazar la comida que le da el amo!

—¿Qué sucede? —chilla la hiena jefe desde el almenado.

—Se niegan a salir —ladró uno de los perros.

—¡Garrote con ellos!

Los soldados armados corren por las rampas en dirección a las casamatas.

—¡Sáquenlos a palos! No teman que tienen cadenas.

Permanecemos sentados. La mirada tora revoloteando sobre nuestros hombros. Arrinconadas contra la pared nuestras mujeres fingían entretenerse con su tristeza. Contamos con la oscuridad no disuelta por la alta claraboya.

—Saquen primero a las hembras —ordenó Coutinho.

Las contamos por el ruido de sus pisadas... una... tres...

14 - Zapata Olivella, 1983. Págs. 36-37.

cuatro. Sentimos el mordisco de sus rebenques sobre nuestros lomos. Sólo el llanto de los niños altera nuestro plan.

—¡Imbéciles! ¡Los van a dejar morir de hambre!

Intempestivamente soltamos los gritos. El salto de leopardo, la garra encadenada raja la cabeza con los puños. Dos lobas rodaron aullando y las otras atrapadas se defienden a rebencazos.

¡Por primera vez corre sangre que no es nuestra!

Nuevos grilletes se prendieron a nuestros brazos y una larga cadena une todas las argollas. Así avanzan en sus mañan para encadenar y manejanos pero también los hijos de Changó aprendemos a morir matando.

CONDENA I¹⁵



Al caboverdino Arnaldo Cabalonga tenían que abrirle los dientes a martillazos para sacarle una palabra. Hasta el momento de su muerte fue capataz de don Gaspar Ternera en cuya hacienda desaparecían reses sin que sus esclavos pudieran o quisieran localizarlas. Un día, para sorpresa del amo, bajo las esteras donde dormía Cabalonga, encuentra enterrados los cueros de las vacas perdidas. Lo somete a tormento para que confiese cómo y cuándo las había degollado y comido. En el proceso que se le hizo no hubo tormentos, azotes y corte de nariz que le hagan aclarar aquel misterio. Lo supimos después de fusilado por confesión de un moribundo: con esas reses alimentaba a las cuadrillas de cimarrones hambrientos, exigiéndoles tan sólo que le dejasen las pieles como testimonio de que se las habían comido.

15 - Zapata Olivella, 1983. Pág. 122.

CONDENA II¹⁶



Atencio Rocha, aquí en Cartagena, lo compró un minero de Cáceres y atraillado con otros cuarenta yolofofos, lo llevaban por el camino de la Villa de San Jerónimo de Ayapel. Una noche, en la orilla de la ciénaga, mientras duermen bajo un árbol de camajorú, una pareja de tigres ataca el campamento llevándose al minero y a su capataz que dormían aparte. Los ekobios escuchan sus gritos, mas como estaban encadenados nada pueden hacer. Esa misma noche se sienten libres. Desde entonces Atencio Rocha, el más ladino, les capitaneó en la vida salvaje, buscando alimento entre las tribus chimilas. Toman por mujeres a unas indias que se les unieron de gusto o por fuerza. En el caño de La Mojana construyen bohíos, cosecharon plátano, y sobre todo, se dan al asalto de embarcaciones, liberando a los bogas esclavos tras apoderarse de las mercancías de sus amos. Tanto aterrorizaron a españoles e indios que se manda tropa armada contra ellos. Guiados por los caciques que reclamaban a sus mujeres, la patrulla les sigue el rastro hasta en lo más oscuro de la

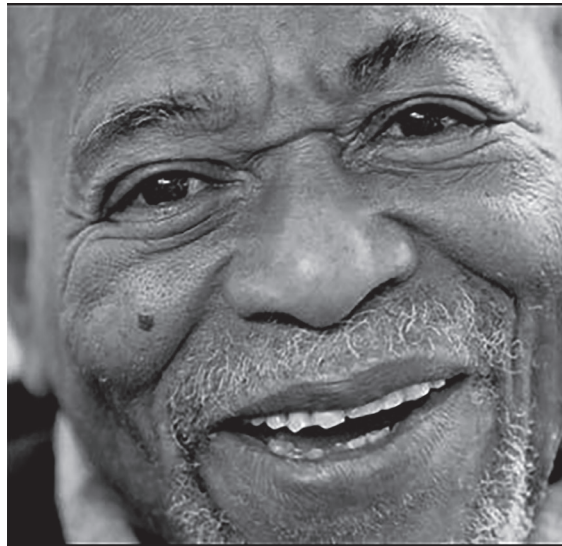
16 - Zapata Olivella, 1983. Pág.122.

montaña. Después de cada combate los tigres se alborotan al beber el agua ensangrentada de los arroyos. Ya no encuentran refugio ni en la sombra de sus huellas. El último en caer prisionero fue el jefe Atencio, mordido por una serpiente. Moribundo es conducido a Cartagena donde le salvan la vida sólo para sentenciarlo a muerte.



ARNOLDO PALACIOS

Cértegui, 1924 - Bogotá, 2015



ÍMPETU DE SANGRE¹⁷



Se incorporó súbitamente: sí, una idea brillante. Había vivido de promesas toda la vida. En realidad, el gobierno nada hacía por los pobres. Lo conveniente era matar al intendente. La sangre tomó un ardor diferente en sus venas. Ahora sentía cambiar el curso de la existencia. Una fuerza interior lo impulsaba a realizar algo. La vida le mostraba una senda tremenda, pero llena de lucha, de significado. Hasta hace unos instantes, era uno de tantos muchachos que soportaba con resignación la miseria de él y de toda la familia, dejando su vida a merced de la voluntad divina. Pero ahora había cambiado. Él mismo no entendía qué fuerza exterior se había infiltrado en su sangre. No entendía cómo su corazón latía al tic-tac de nuevos impulsos. Por fin iba a hacer algo. De ninguna manera se detendría en ese camino. Él era otro muchacho desde ahora. Era un Hombre. Un hombre completo con responsabilidad de matar.

“¡Hay que matar!”, gritó. El grito se escapó sin sentirlo. Cuando quiso detenerlo, ya iba volando. Las blasfemias que-

17 - Palacios, 1949. Págs. 44-45,52,96-97-98.

daron impresas en las paredes. Por la habitación se cruzaban relámpagos malditos, furias infernales.

Pero, de pronto, oyó —quizá desde el fondo de la tierra, o arriba en el cielo—: “¡No matarás!”. Palabras milenarias, escritas por Dios mismo, entre rayos y relámpagos. La maestra le había enseñado los mandamientos de la ley de Dios. Se erizó. Sentía miedo. Temor horrible. Invasión por un frío violento, temblaba. Iba a desplomarse. Sentía reventadas las articulaciones de su esqueleto de barro. Los dientes le castañeteaban. Se espantó ante la tierra, húmeda de sangre. El líquido cárdeno, manando de las heridas de la tierra, corría furibundo, anegándolo a él hasta la cintura... El sol y las estrellas, que él había tratado de encerrar en su pecho, ¿se habían escapado, también se precipitaban al abismo de sangre?... quizá podría venderlos por un pedazo de pan.

EL NEGRO PASTOR¹⁸



Pastor era sencillamente un vergajo, que en las elecciones votaba por los blancos... Porque había conseguido algunos centavos, ahora renegaba de su origen; y como si no tuviera ojos para mirar su piel negra, y como si no tuviera memoria para recordar lo miserable que había sido por causa de los blancos, se había convertido en servil de quienes lo habían despreciado toda la vida y lo seguían despreciando... No obstante que lo invitaban a las fiestas para que pagara la cuota, o mandara el regalo a tal matrimonio... De niño, se había alimentado de las sobras que su madre reservaba y llevaba a la casa envueltas en periódicos: las sobras de los blancos, en cuyas casas la madre había sido sirvienta durante toda la vida. “El hombre no tiene derecho a ser ingrato”, solía repetir Pastor, sonriéndose, “máxime con quienes le han llenado la barriga, ¿oyeron?...”. Los blancos le habían dado trabajo a su madre hasta el día de su muerte; cuando la muerte, tras la larga enfermedad que ella no tenía oportunidad de cuidarse, la sorprendió, justamente a tiempo de pe-

18 - Palacios, 1949. Págs. 62-63.

lar los plátanos del almuerzo... Sirvió treinta años, ganando un peso con cincuenta centavos mensuales... Y le permitían llevarse las sobras, y le regalaban camisas y pantalones viejos, que ella burdamente adaptaba al muchacho... Murió de unos treinta y nueve años... Y ahora Pastor se sentía blanco, y se metía en la política, porque su tienda, que valdría unos tres mil pesos, le infundía fuerzas, le aseguraba el derecho de considerarse grande.

TOY ABURRÍO AQUÍ¹⁹



Hace diecisei año me vine yo der San Fan. He trabajao en tó lo qu'he podido, hasta de silvient, porque yo no tengo inconveniente de hacé lo que se me presente, pa'ganarme mi centavitoj. Ciertamente, yo no sé de ningún alte... Peo lo que soy yo, me nuevo. Ahora hacía un año y merio que taba de ependiente onde el almacén de don Valentín... Peo esoj desgraciaos tulcos son tóos unos hijueperraj... No me había pagao nada, sino que me había mandao a comé a la casa y de vej en cuando me daba una camisita y cualquié pantaloncito, y la entráa a matiné loj domingo... Eta semana que me avisaron que mi mamá taba grave en Condoto, necesitaba íme, o po lo meno mandále argo, ya dende que me vine a rorá joltuna no l'he hecho nenguna atención. Ar fin me resolví, y le dije: "Bueno, don Valiente, arreglémo cuánto é que usté me debe, polque yo necesito dir a vé a mi mamá que tá e muelte en San Fan...". Er riyéndose, me decía que no había cuidado, que ahí arreglábamo... y yo preguntále y preguntále, hasta que me aburrí y le dije que no trabajaba má con er, y que me diera mi plata...

19 - Palacios, 1949. Págs. 116-117-118-119.

Cogió, dio güerta, se jué ar cajón der mostraró, sacó unoj biyetico, y me tiró tré sobre el mostraró... La sangre se me subió a la cabeza... Pero la hoda de matá se pasa... Veí loj tré biyetico sobre el mostraró... Me dio gana e yorá... Salí uno de su casa, dejá la familia, no ayurale uno a su mamá aun cuando a tréle una lata di agua, y en cambio veníle a trabajá de balde a un individuo que no sabe cómo yegó aquí... Lo veía chiquito a don Valiente, y má bien prejerí retiráme, y le dije con lágrima en mis ojo: "Ma bien no me dé ná... Que trej peso no enriquecen ni empobrecen a nadie... Usté me roba a yo hoy, argún día lo pagará".

Lo denuncié en la inspección del trabajo y me dijeron que golviera espué... Y cuando vorví, ya don Valiente, como él tiene plata, había tao allá, y lej dijo que er no me debía nada, y que tenía testigo que ér me había pagado loj día d'ej-te mé, qu'era lo único que yo había trabajao con er... Y que más bié er mí había manteniro y me había da e comé pa' que yo me mantuviera caminando la caye...



CARLOS ARTURO TRUQUE

Condoto, 1927 - Buenaventura, 1970



PUNTO DE FUGA²⁰



No eran sino cuatro líneas largas que se multiplicaban en todas las direcciones. Cuatro líneas y él, en medio, como el singular e inexplicable mensaje de la soledad.

Las paredes podían resolverse en rectas, el piso, el cielo raso. Todo, como le habían enseñado allá en su mocedad los graves profesores del liceo.

Frunció el entrecejo, un segundo nomás, y se largó a reñir desesperadamente. Pero no era la risa normal sino una rara, que lo obligaba a contraerse, a tenerse el estómago, a crispár las manos, a dar con los pies en el piso, cual si estuviera bailando un disparatado *boogie-boogie*.

—Todo con líneas, con rectas —aulló, cuando pudo dejar de reír—. Yo mismo soy una convergencia de ellas. Quién sabe dónde, en qué sitio estará el punto que me genera. Quisiera saberlo para destruirlo, pero desgraciadamente no lo hallo. Si se encontrara el principio, sería como desbaratar una madeja: halar... y se acabó... ¿No es cierto? ¡Claro! Tiene que ser cierto. Su papá no puede equivocarse —añadió, hablando con el sillón vacío que tenía al frente.

²⁰ - Truque, 1993. Págs. 67-68,70-71.

En la pared, un cuadro con un niño en los brazos lo mantuvo abstraído varias horas. Cuando se despegó de él, tenía los ojos enrojecidos. Con lentitud abandonó la sala y salió a la puerta de la calle. Se detuvo ante el umbral y ante la multitud que pasaba gritó:

—¡Me han engañado, han mentido, son unos farsantes! Todo no está en función de las verticales, de líneas rectas. Hay algo que escapa a esa ley, oídme bien: ¡es la vida!

—¡Pobrecito! Parece que estaba un poco loco —dijo alguien dando varias vueltas con el dedo alrededor de la oreja—. Debe ser a causa de la muerte de su mujer y su hijo, ocurrida hace poco. Es una gran lástima porque era un buen ingeniero...

Y la risa epiléptica volvió a convulsionarlo, a revolverlo, a sacudirlo; porque él, como el humo de su cigarrillo, también acababa de escaparse en línea recta, por los caminos de la locura.

DE CÓMO JIM EMPEZÓ A OLVIDAR²¹



A él —nadie supo si se llamaba así— le decían míster Jim. No se pudo precisar tampoco de dónde y cuándo vino ni en qué parte los horizontes le semicerraron los ojos y le grabaron el gesto de ansiedad que siempre le acompañaba. De atrás, de los que le pertenecían, gratos o dolorosos, nunca dijo nada. Era un hombre cerrado. Como un círculo rodeado de palabras extrañas que nadie comprendía. Vino al Trópico tal vez porque tenía alguna cosa que olvidar o por la urgencia de ver otras para recordarla.

Al llegar recostó su largo cuerpo contra la nueva tierra y se sintió desde entonces pegado a ella con ligaduras de sol, de vientos, lluvias y noches aguardentosas.

Cuando los crepúsculos, se quedaba viendo el mar con mirar cansino y nostálgico, y aventaba sus recuerdos hacia donde el viento llevaba el humo de su pipa.

Después, cuando las *girls* piernas largas, de mirada lánguida como los días en los cuales no ha sucedido nada, se le iban de la memoria, enrumbaba sus pasos hacia el sitio don-

21 - Truque, 2004. Págs. 164-165.

de la mulatería se desenfrenaba al son de un ritmo con reminiscencias de aquelarre. Se sentaba allí, en cualquier parte, puesta la mano en la mejilla, frente a la copa siempre llena.

Dejaba vagar su mirada sobre el jolgorio de la negrería y le retornaban los recuerdos de las mujeres con ojos de color del cielo sin nubes, tan iguales a ese que lo secaba con su candela y le ardía en la piel lo mismo que el aguardiente le calcinaba las venas. No podía olvidar. Era incapaz de jugarle una mala pasada a la memoria. Esas mujeres, oscuras como su vida, carnes duras, pezones como alfileres, no le despertaban el ansia que se le había dormido pensando en la última trenza rubia que tuvieron sus manos.

Se secaba por dentro, allá donde no era capaz de mirarse. Se sentía como un pozo profundo que va perdiendo su agua poco a poco. Él lo sabía y habría querido decirlo, si alguien se lo hubiese preguntado; pero las gentes eran distintas, duras como la tierra que los albergaba. Y él había aprendido a apretar tanto los labios.

Fue de noche. Como en tantas otras, no esperaba a nadie. Ella llegó, sonrisa blanda, pechos ariscos, carne que vibraba como los tambores y se sentó junto a él sin decir palabra. Jim bajó la cabeza y sin querer vio la piel cobriza y brillante, carne pulida por el mismo sol que maldecía, y, de pronto, como si estuviese despertando, vio cómo la trenza rubia iba cambiando de color, como si hubiera anochecido sobre ella.

Miró a la mujer, fijamente, y sonrió, pensando para sí: "Por fin, Jim... Ya has comenzado a olvidar...".

BARCO QUE LLEVA MUJÉ, LE CAE FUCÚ²²



—¿Por qué no vendes *La Marianita*? Con ese dinero podríamos comprar un negocio aquí. Fíjate que ya no tenemos nada. No tendrás, pues, la tortura de estarla viendo.

Pensó y se vio en tierra manejando un bar o una tienda, con gentes que no le dirían capitán, sino Emiliano a secas. Los otros marineros vendrían a conversar con él y le contarían las aventuras que él no había vivido. Le daría envidia. No, no la vendería.

—No te metas en esto. Es asunto mío y yo lo arreglaré.

—¿Cuándo? ¿Cuando ya estemos hambrientos y desnudos? —preguntó con sorna la mujer.

Para no iniciar una discusión interminable, se marchó a los muelles. Vio la nave: era linda aún. Un poco sucia, pero ya la limpiaría. Si consiguiera tripulación, se largarían de nuevo las velas y volvería a saborear su voz fuerte sobre la obediencia de la marinería. ¡Qué hermosa voz de mando tenía el capitán Torreblanca! Se fue ensayando mentalmente

22 - Truque, 1993. Págs. 83-84-85.

órdenes y contraórdenes: “¡Leven anclas!”. “¡Suelten velas!”. “¡Rumbo noroeste!”. “¡Orzar en redondo!”.

La distancia era corta. Se halló de pronto en la casa.

—¡Mariana! ¡Mariana! —llamó.

Registró los cuartos, preguntó a los vecinos. Nada. Alguien dijo haberla visto salir con sus maletas. No se le oyó maldecir.

Ya no era capitán de la otra Mariana. Había perdido el mar de la ternura como antes perdiera el otro. Por esta razón viene a ver a la otra *Marianita* volcada sobre el lodo; ésta no saldrá para ningún puerto. La ata el fucú, maldición de mujer sobre hierros carcomidos.

Torreblanca viene a conversar con sus recuerdos. Siempre se aleja con sus ropas deshilachadas, seguido por las risotadas del viento y la tripulación solitaria de sus pisadas.



HAZEL ROBINSON ABRAHAMS

San Andrés, 1935



EL DÍA DESPUÉS²³



Bennet seguía mirando en lo que se habían convertido las plantaciones de algodón. Observaba los troncos de los árboles por el campo. Árboles que nacieron a más de una milla de distancia de allí fueron arrastrados hasta sus predios por el huracán. Hoag, en cambio, estaba atento a los lamentos de los esclavos, sin comprenderlos, cosa que lo enfurecía cada vez más. Le decía a Bennet:

—A estos haraganes —y miraba a los esclavos regados por la falda de la loma, hurgando entre los escombros— si no los necesitara, te juro que los ahorcaba a todos. Creo que es lo único que recompensaría la ira que siento. Tal parece que se regocijan de nuestro fracaso.

—Si trataras de entenderlos, los comprenderías y, como te he repetido en otras ocasiones, te rendirían mucho más.

A lo cual Hoag respondió con ira:

—Bennet, tú te has dedicado a tratar de descifrar a esos salvajes porque para ti el trabajo es un deporte y en los deportes es imprescindible comprender y conocer el funciona-

23 - Robinson, 2002. Págs. 29-30.

miento de los instrumentos. Para mí, el trabajo es una desgracia que exige de mí todo. Y como hoy, su recompensa puede ser nada. Me importa únicamente que rindan, no quiero indagar en el funcionamiento de sus cerebros: o me sirven o los vendo. El único trabajo que no les impondré es tratar de pensar, si es que esos salvajes son capaces; y menos aún trataré de hacerles creer que sus pensamientos podrían coincidir con los míos.

MODUS VIVENDI²⁴



Todos, amos y esclavos, sabían que la goleta era desconocida y, por el detenido abrupto de su curso en la misma boca de la entrada, que el capitán no lo era. Llevaba una buena carga. Esto lo calcularon por la completa pérdida de la línea de flotación. Todos, como se acostumbraba en estos casos, comerían y dormirían en lugares estratégicos que les facilitarían observar las maniobras, montarían guardia hasta que la nave pasara los temibles bajos a medio camino de la entrada de la bahía.

Se escuchaban entre ellos, voces persuasivas de “coman, man” [atrévase, hombre], “com, baby” [venga, nene].

Cada vez que la popa de la nave hacía un engañoso viraje hacia el noreste, y demasiado frecuente para los oídos del reverendo Birnington, se escuchaba:

—*Dis side, u sonofabich!* [¡Este lado, hijo de p...!].

Hacían fuerza agarrados de las manos, o con ellas en puños elevados, pensando que en esa forma harían virar la nave y los grados necesarios. No era fácil esquivar los bajos

24 - Robinson, 2002. Págs. 120-121.

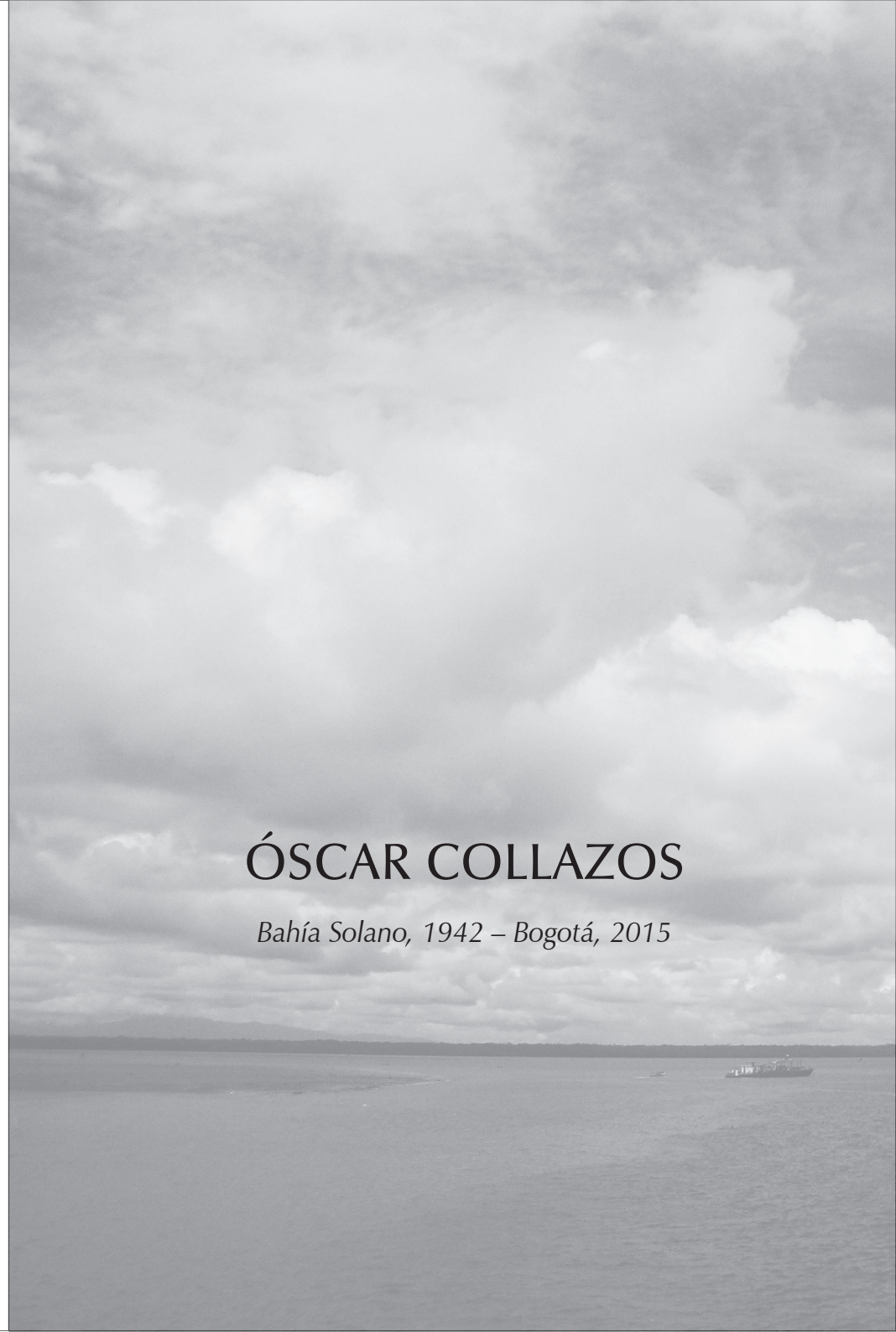
cuando los vientos eran contrarios, y terminaría como era deseado por todos, encallado.

En la mayoría de los naufragios alrededor de la isla, si botaban la carga a tiempo, lograban salir a flote, pero si al mando estaba un capitán obstinado y terco, tanto la nave como la carga quedaban para la isla y se repartiría, no muy equitativamente, entre todos. Luego, después de un espera de días, semanas y a veces hasta meses, cuando todos los perjudicados se perdían de vista, se quemaba hasta el nivel del mar el casco de la nave. No se dejaban ni siquiera los botes salvavidas en que pudieran huir los esclavos.

Los cinco amos, plantadores de algodón, armados con sus respectivos binóculos, venían observando desde la tarde las maniobras de la nave. Ahora, apostados todos en el balcón de la casa de Bennet, seguían la guardia. Los esclavos, ubicados en sitios bien conocidos en la ladera de la loma, esperaban ansiosos la orden de sus amos. Esta era una de las pocas ocasiones en las que los deseos de los amos y los de los esclavos llevaban el mismo ritmo; también una de las pocas oportunidades de apoyo a una causa común.

ÓSCAR COLLAZOS

Bahía Solano, 1942 – Bogotá, 2015





CABALGATA DOMINICAL I²⁵



Después de la primera rechifla, el Presidente enrojeció. La escolta lo rodeó: todos llevaron sus manos a la cintura. Ahí estaban las pistolas ametralladoras. Un piquete de policías cubrió la retaguardia. La cabeza del Presidente sudaba debajo de su sombrero inglés: traje oscuro, corbata vinotinto, camisa blanca, chaleco. El discreto corte de una generación. Con mesura, sustituyeron el corbatín por la corbata, el sombrero de copa y el paraguas fueron desapareciendo como símbolos de elegancia. El barroquismo que heredaron de la Inglaterra que formó a sus abuelos ha sido reemplazado por la sobriedad de una Norteamérica que se resiste al adorno: brutal, carnal, directa, hasta en el más espantoso de sus crímenes. Este hombre de sesenta años sabe lo que hace. “La patria por encima de los partidos”, podría repetir. Y que nadie se venga a cagar en la Patria ni en sus partidos. Con temple, con una gallardía propia de su generación: a su turno, también ellos conspiraron. Crearon sus células y alrededor de ellas el rojo legendario de un partido perseguido, masacrado

25 - Collazos, 1974. Pág. 47-48.

en la legalidad. Hoy, los tiempos han cambiado: ahora ellos son la legalidad y es lo que hoy, entrando a la universidad, tiene presente el Presidente. En menos de un minuto, está en su auto blindado. El Mercedes Benz sale por la avenida más cercana, mientras atrás queda la rechifla, cuerpos heridos revolcándose por el suelo, el pelotón que avanza, los fusiles que disparan, los gritos que aturden el espacio, las piedras rasgando el aire de la tarde. Este aire frío de siempre. Esta ciudad gris de siempre. Estos discretos hombres del poder; estos hijos de puta de siempre.

LOS VECINOS NUNCA SOSPECHAN LA VERDAD²⁶



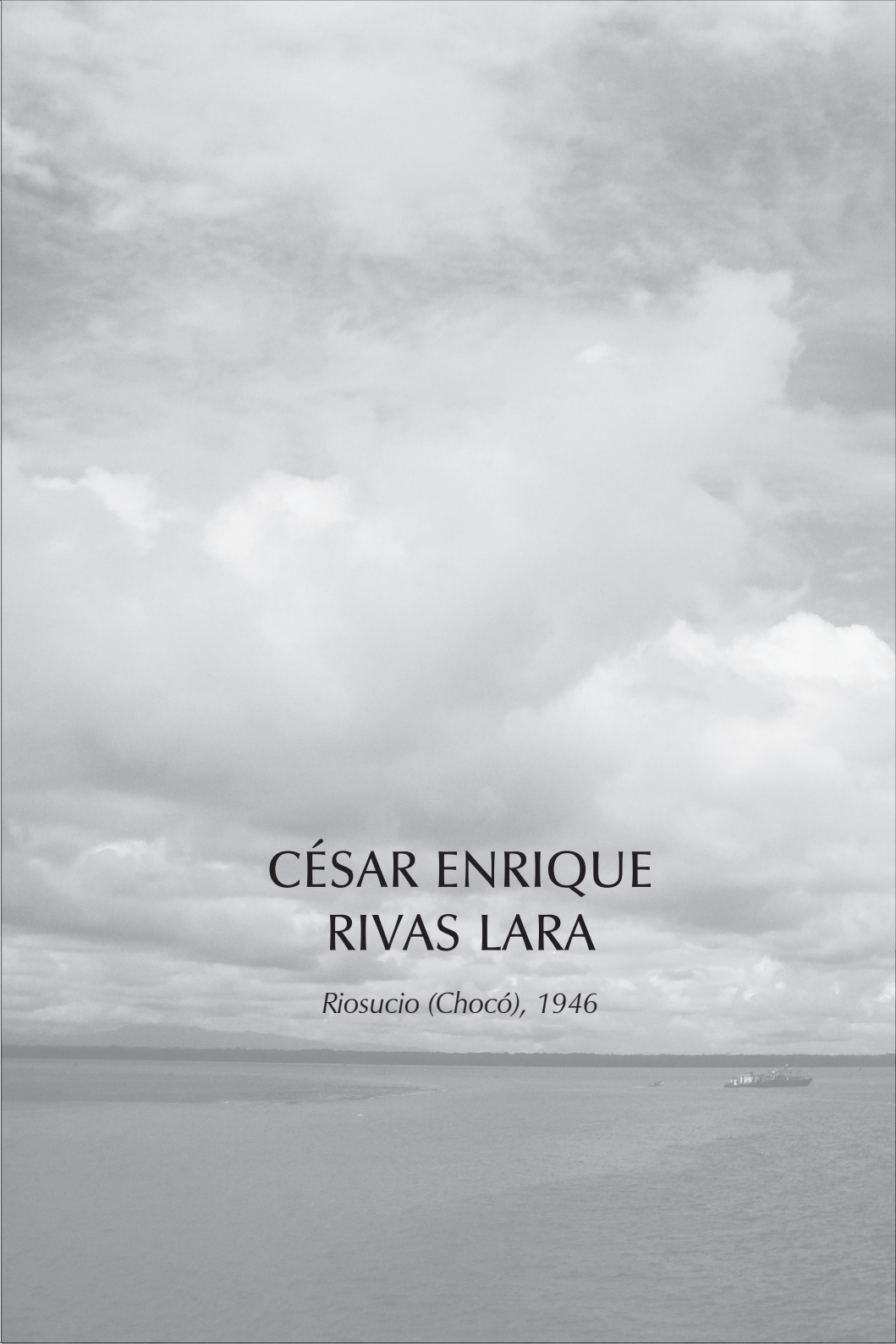
Es verdad: los vecinos nunca sospechan la verdad: se encierran en sus conciliábulos, son herméticos en sus conjeturas, carecen de imaginación, no van más allá de los detalles ni se detienen en las sospechas. Los vecinos son, por naturaleza, torpes. Hacen daño o causan beneficios irrisorios sin llegar a ser inofensivos. Casi siempre la prudencia es una de sus virtudes: cuando salgo de casa quieren decirme (o hacerme caer en cuenta) que hablan de mí, que sus voces bajas tengo que oírlas y de ahí sus gestos grandilocuentes, sus dedos índices visibles, sus bocas torcidas de desprecio, sus espaldas dándome a la cara. En verdad: los vecinos no tienen la menor idea de la clandestinidad, de la conspiración, de las sutilezas o la inteligencia creadora, son, este, son —cómo decirlo—, son casi siempre como cacatúas alborotadas, hasta el momento de prender los noticieros de la tele, de darse a la tarea de hablar más alto que el locutor y de anunciar en coro los mismos productos de belleza. Los ve-

26 - Collazos, 1974. Págs. 105-106.

cinos: es verdad, son impacientes, quieren darlo todo en un segundo, no entienden de sobreentendidos, son evidentes, literales, como un texto de lectura, son: despreciablemente ingenuos y es así como, en el momento menos pensado, son incapaces de calcular qué pasa en el segundo piso, por qué este ruido de disparos penetra por algún lugar del edificio y lo llena de ecos extrañísimos, por qué estos gritos desgarrados, por qué esta fuga de tres hombres en uniforme que han venido en la mañana a perturbar mi casa, a escarbarla sin ninguna prudencia. Los vecinos, siempre lo dije, no pueden llegar a sospechar del momento en que muera abatido por doce disparos de pistola, ahogado en mi propia sangre y en mis gritos. Los vecinos, es verdad, no pueden entenderlo, menos el momento en que en el segundo piso alguien grita “me matan” y un silencio ignominioso presagia el nacimiento de un nuevo terror. Es entonces cuando son incapaces de salir a la calle (miran, celosamente, detrás de las persianas, detrás de las hendijas de alguna puerta desvencijada, detrás de alguna celosía que se abrió para espiar los pecados de la calle, los adulterios de enseguida, las borracheras de-al-lado, las palizas del ferroviario, los deslices de la adolescente que cursa tercer año de comercio y mecanografía), los vecinos: es verdad, nunca podrán medir la dimensión del crimen del segundo piso ni sacar de la noticia leída algo más allá de ese texto que dice: “Misteriosamente muerto un joven de veinte años en su residencia del barrio San Antonio de la ciudad de Cali cuando ingería licores”.

2²⁷

El nueve de abril de mil novecientos cuarenta y ocho, después de escuchar las noticias de la capital sobre el asesinato del líder populista Jorge Eliécer Gaitán, mi padre, a la postre cabo del ejército, conservador de partido, guardacostas y constructor de un barco que nunca se haría a la mar, fue acuartelado como medida preventiva: los liberales exigían su inmediata ejecución.



CÉSAR ENRIQUE
RIVAS LARA

Riosucio (Chocó), 1946



POLÍTICA EN PUEBLO DE NEGROS²⁸



Tengan paciencia; mucha paciencia, que para todos hay comida —decía el político a la turba exasperada, que pedía participación en el gobierno.

De esta dimensión las cosas, se crearon puestos para abrir y cerrar una puerta, a condición de que quien la abría no la podía cerrar; para encender y apagar las luces; para manicurarle las uñas al jefe (una secretaria por cada uña); para servir y repartir tintos, té y aromáticas; para responder al teléfono, a razón de una moza por llamada; y así sucesivamente, mientras hubo auxilios parlamentarios y otros dineros del estado.

28 - Rivas Lara, 1983. Pág. 76.

UN RASTRO²⁹



Eusebio Cajamarca emprendió una arriesgada travesía entre Acandí y el golfo de Urabá. Al pasar por Peña Blanca, unas huellas gigantescas lo sacaron de quicio. Huyó pero para encontrar otras del mismo tipo. Sintió que la cabeza le daba vueltas y no supo más nada. Cuando volvió en sí, se encontró en un rancho de pescadores que lo habían rescatado. Le sugirieron regresar y le asignaron un acompañante.

De regreso, al pasar por Peña Blanca iban a ser las seis de la tarde y empezaron a cantar los gallos. “Estos animales están locos”, pensó.

—¿Estamos perdidos?

—Nada de eso, ¿no ve al hombre que va allá adelante con una carga de gallos? Él va en la misma ruta nuestra. Eso indica que vamos bien.

Cuando lo alcanzaron, Cajamarca le preguntó por qué cantaban los gallos a deshora.

—Los gallos andan bien. Son las cinco de la madrugada, hora de Jerusalén.

29 - Rivas Lara, 2006. Pág. 99-100-101-102.

¡LAS MULETAS!³⁰



Carlaca —tal era el apodo que había terminado por aceptar de sus amigos— sufrió un accidente en el que se desgarró sin remedio la rodilla derecha. Transitaba por las calles fangosas de Quibdó apoyado en un par de muletas de palo, hechas por él mismo sobre medidas. Con el modesto producido de muchos años, pudo edificar una vivienda de esteras de palma y plataforma de madera en Los Álamos, un barrio de invasión.

Un día, por el correo ambulante supo que en Los Álamos había ocurrido un incendio. El causante de la tragedia pudo ser un cortocircuito o el descuido de una veladora encendida en un cuarto, sobre una rústica mesita de noche, frente a una imagen de la Virgen del Carmen.

Cuando Calarca llegó, el fuego había devorado, como un famélico voraz, casi todas las viviendas. Todavía una estela de humo denso, en forma de cabellera, se elevaba impetuosa como un gigante que crecía y asfixiaba. Corrió sin las muletas y, en un arrebato de desesperación, se abrió paso entre bra-

30 - Rivas Lara, 2006. Pág. 127-128-129-130.

sas y escombros, para sentir que lo había perdido todo y que quedaba en la calle como un náufrago de la vida. Saltaba de un lado a otro, con tanta agilidad como lo hacían los demás damnificados.

De pronto, alguien que no podía creer lo que veía, le gritó: "¡Carlaca, las muletas!". El hombre se detuvo maquinalmente, se miró en su propio espejo y se desplomó en el acto.



AMALIA LUCÍA
POSSO FIGUEROA

Quibdó, 1947



SECUNDINA APRENDE A LEER³¹



Secundina Caldón sabía mucho de los árboles, de sus frutos, de sus flores y sembradas y lo aprendió toditico en Samurindó, cuando estuvo trabajando en la casa de Floremiro Agualimpia Cañadas, botánico por instrumentos, que alimentaba la tierra para que ésta, agradecida, le regalara frutos, flores, capachos y capachitos. Floremiro vivía en y para la tierra, hasta que supo que Secundina Caldón no sabía leer y resolvió enseñarle en el único libro que había en la casa, era un libro de árboles que decía todo dizque sobre las especies. Se llamaba *Ciencias de la tierra* y era un corrinche de libro que le decía al plátano *Himatanthus articulata* si era de hojas alternas, ápice agudo, flores blancas de corola tubulosa y no daba fruto, pero si era el plátano que toro mundo come frito, se llamaba *Musa sp.* y era de la familia Musaceae. *Maunífica* creo, habrase visto el problema.

El libro decía que dizque el maíz tiene al tiempo flores masculinas y femeninas, que no necesita de otro árbol cerca;

31 - Posso Figueroa, 2001. Págs. 24-25-26.

y que la papaya tiene flores femeninas, masculinas y hermafroditas, ¡qué corrompisiña!; que el *Cativo prioria copaifera* es monosperma (¿sólo una?), que el *Cucharo colorado* da flores con un solo pétalo y es amarillo, no colorado, que el *Vitex cooperi truntago* tiene inflorescencias axilares (¿como gente?), flores con cáliz cupuliforme, pubérulo y fruto drupáceo negro hasta de 13 mm de largo (eso sí no es del grandor de mi gente), que el corcho da fruto negro y se llama peine de mono, que el *Hura crepitans* es la ceiba blanca, arenillero o lo que ella llamaba milpesos, que secreta savia lechosa, tóxica e irritante, que tiene flores unisexuales (¿cómo así?, ¿yo con yo?), que su fruto es una cápsula discoide, dehiscente con violencia, originando una pequeña detonación con semillas aplanadas que son purgantes. Por la hostia, ¡qué maravilla!

Secundina cogía una pensadera para tratar de explicarse qué carajo era lo que leían los blancos, por qué a una cosa tan sencilla como a la nascencia de un árbol le ponían tanto nombre raro. Al zapote, su zapote de fruta anaranjada que comía todos los días, lo bautizaron *Pouteria neglecta*, hasta vulgaridá será; vé vé, las hojas tienen pelos esparcidos ferruginosos y a las pepas tan sabrosas les dicen protuberancias aterciopeladas rojizas. Uujú.

Iban en la página cinco y Secundina leyó: enredaderas. Alabao, casi gritó, al fin un corrinche serio, de eso sí que sé yo; pero continuando el renglón encontró: *Pasiflora puritana*, *Pasiflora adulterina*. No es justo con yo, me está diciendo este libro que mis enredaderas, ¿son monjas o son mujeres de la vida? Eso no lo conozo yo, dizque ponerle nombre a las matas con conductas de mujer sonsa o arrecha, no me parece de justicia, no. Este libro no me está gustando, la mayoría no lo entiendo y cuando capto un ítem, me le ponen calentura y pres pres a los árboles, a las flores y a las matas chiquitas también. Ay, hombre, ¿será que los blancos no tienen oficio?

CHISME DE BASILISA³²



Baldirio ni distinguía a la tal Eleuteria. Pero Basilisa Balanta le levantó el bochinche de que le había llenado la barriga de huesos, lo cual iba a darle fama de pichador y estaba seguro de que al fin se le abrirían muchas puertas, o mejor, muchas piernas, cosa que para él hasta ahora había sido bastante difícil, debido a una fea figura que evidenciaba una pierna más corta que la otra, que lo hacía cojear con un brotado de cadera que para nada hacía pensar a las mujeres en una revolcada con pichada con Baldirio como protagonista.

Estaba tan complacido que hasta pensó en hacerse responsable de lo que tuviera la tal Eleuteria en la barriga, pues eso le daría el derecho de empezar a pichársela con autoridad. Entonces se fue por la noche a la casa donde ella vivía, a ver si atisbando por la ventana podía conocerla y ver cómo tenía de grande la barriga que todo el mundo le atribuía. Estuvo de buenas porque había una vela prendida y pudo ver a una negra maciza, muy joven, que se paseaba por la pieza en camisa de dormir; no tenía la barriga muy crecida, era

32 - Posso Figueroa, 2001. Págs. 124-125-126.

apenas una barriguita que ella acariciaba mientras le cantaba un arrorró. Se veía linda la Eleuteria en su camison a la luz de la vela y cantaba lindo su arrorró y fue en ese mismísimo momento que Baldirio se enternó.

Al otro día se fue muy temprano, dispuesto a hablar con el papá de ella para hacerse cargo de ese hijo que por decisión propia era, a partir de ahora, suyo de él y de nadie más. El papá lo miró sorprendido todo el tiempo, pero la que quedó aletada por la sorpresa fue Eleuteria, que miraba y miraba a ese negro bajito y cojo que aseguraba que él sí se la pichó.

Eleuteria lloró en silencio todo el día y toda la noche del día en que con Baldirio su papá la casó y siguió llorando muchos días y muchas noches, hasta que su barriga reventó. Dio a luz a un negrito chirringuitico que tenía una pierna más corta que la otra y que, tiempo después, cuando caminó, cojeó: era igualitico a Baldirio pol Dio.

Eleuteria los veía caminando juntos, pescando juntos, jugando juntos, es decir cojeando juntos, en la calle, en la casa, en la playa. En toda parte y fue entonces que su dormido amor por Baldirio se desbocó.

LAS NALGAS DE WBALDINA³³



Cleómenes de Jesús Ledesma, jubilado que nunca se casó, Cenloqueció con el ritmo de las nalgas de Wbaldina. Salía muy temprano a su balcón para verla pasar y, más que para verla pasar, para disfrutar viéndola alejarse. Nunca salía de su casa ni le aceptaba conversa a naides; no hacía nada distinto a vigilar desde su balcón el itinerario de ida y venida de las nalgas de la nana Wbaldina. Pero sus 73 años, la espalda encorvada y el pene dormido le impedían confesar a Wbaldina sus deseos de viejo; solamente podía aspirar al desorden de su olor y soñar mirando el ritmo de sus nalgas.

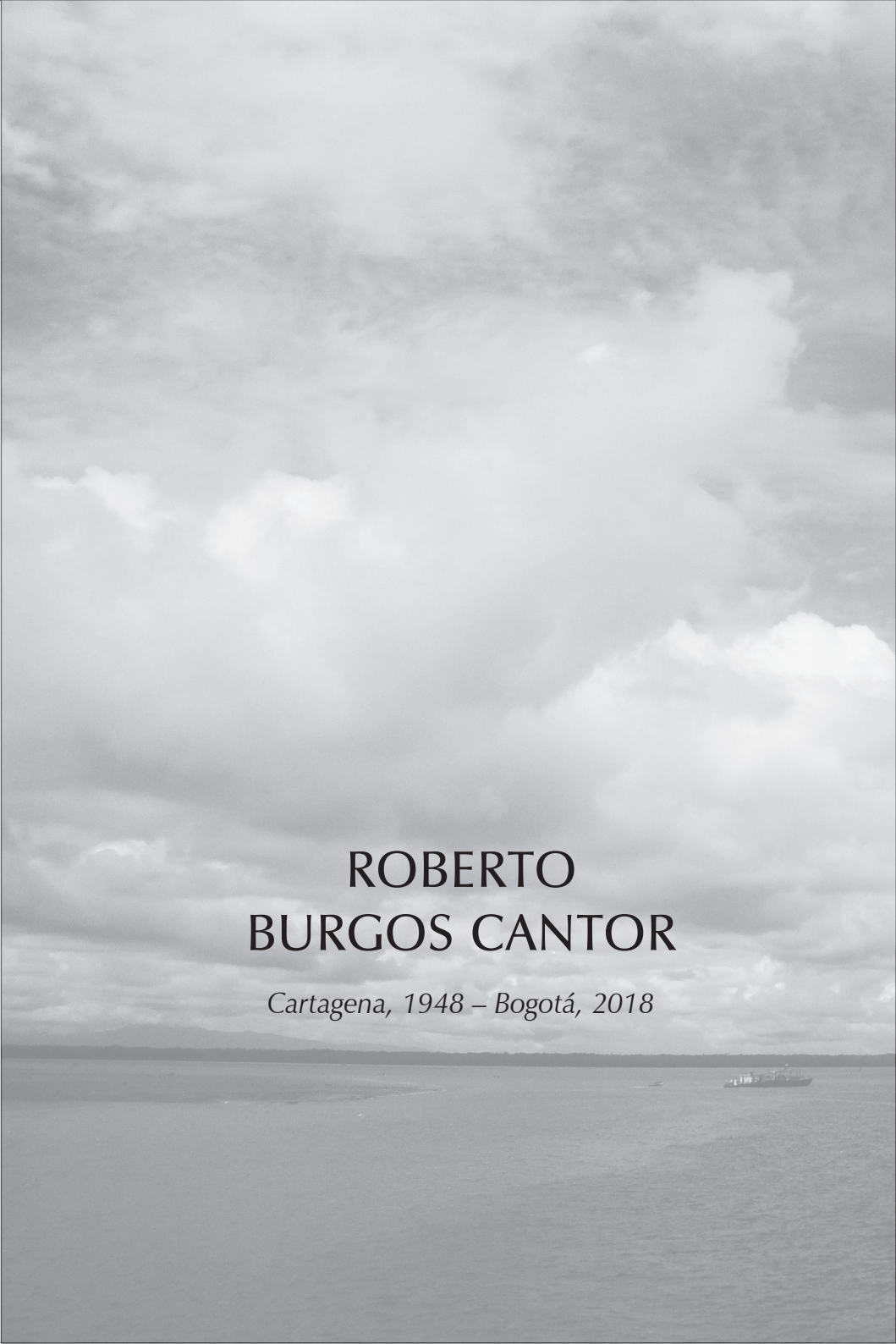
Siendo muy joven, Wbaldina Conto Asprilla se enamoró locamente, perdidamente, de un hombre que un día la dejó por una mujer fea, vieja, con labios de culebra, dientes de rata y una joroba algo prominente. La mujer no tenía esteatopigia porque no tenía nalgas, pero tenía dinero y lo que le faltaba en estatura y risa le sobraba en orejas y poder y con eso compró al hombre de Wbaldina, alejándolo para siempre del ritmo de sus nalgas.

33 - Posso Figueroa, 2001. Págs. 33-34-35.

Wbaldina lloró donde nadie la viera, le puso un candado al corazón y le entregó la llave a su orgullo. Así, desterró al amor. Sola, empezó a almacenar uno a uno los años que pasaban; los guardó en la nalga y por eso con el paso del tiempo su nalga se volvió cada vez más dura, más altiva, como su corazón. Se escondió en las montañas de chere, charre, dentón, bocachico y nicuro; le gustaba impregnarse con el desorden de ese olor; era su escudo para que nadie se acercara.

Pero, al terminar el día, cualquier día de algún mes de ningún año, don Cleómenes de Jesús Ledesma permitió que su corazón le ganara la partida a la razón. Cuando sintió a kilómetros de distancia el olor de Wbaldina, se bañó, se afeitó, se perfumó y bajó a la calle. ¡Y la abordó! No de frente sino de espaldas, sacando todos los arrestos de juventud que tenía dormidos desde hacía tanto tiempo. Lo primero que le dijo fue que le fascinaba su olor, que por sentirlo había vuelto a la vida, y lo último que le dijo fue que adoraba sus nalgas, y que por desearlas había vuelto a sentir la locura de la pasión.

Don Cleómenes de Jesús Ledesma se veía erguido, fresco, dulce y viril, como si hubiera agarrado la cola del cometa que, para él, ya estaba elevándose. La nana Wbaldina sintió que él había encontrado la llave del candado de su corazón y le permitió, durante años, todos los años que les quedaron, que enloqueciera con el desorden de su olor y con el ritmo de sus nalgas.



ROBERTO BURGOS CANTOR

Cartagena, 1948 – Bogotá, 2018



DESTELLO 2³⁴



En un café.

En la esquina.

En un parque.

En la estación del tren.

La mujer: Oye: ¿si ella no llega, te vendrías conmigo?

(El hombre, a quien se dirige, se asusta. La duda lo confunde.)

La mujer (Insiste): Oye: si no es para tanto. A ustedes el azar les dura menos de un segundo.

El hombre (Pone cara de pedir clemencia): Mira. Espera. Espera. Me tienes confundido. ¿Qué me quieres decir?

La mujer (Risa de picardía): Oye: lo-que-te-digo.

El hombre (Desvía la mirada): ¿Cómo así? Eso del azar... ¿Tú eres filósofa?

La mujer (Suave paciencia): Oye: nada. Si ella no viene y tú te atreves a venirte conmigo, después querrás volver para saber por qué ella no vino. Y yo no te importaré.

El hombre (Ahora la mira. Se anima): Tantos pensamientos matan la aventura, su deseo.

34 - Burgos Cantor, 2003. Pág. 48.

La mujer (Sonríe): Oye: los pensamientos no. Será tu incertidumbre. O... será tu cobardía.

El hombre (Cara de susto): Mira: mejor yo me quedo aquí. Perdona. Si ella no viene, yo no me muero. Me salvaste. Perdona...

VIEJOS CONOCIDOS³⁵



Ella le pregunta. Incansable. Muchas veces. Casi siempre le pregunta lo mismo. Ahora ya no lo mira. Está acostada de espaldas y conoce sus movimientos cuando se va:

—¿Por qué te vas?

Él, obstinado, sonrío en cada ocasión y se queda en silencio.

Esta vez la mira, su espalda quieta, el lunar, y sin dejar de mirarla le contesta:

—Para no olvidarte.

35 - Burgos Cantor, 2003. Pág. 47.

DESTELLO 1³⁶

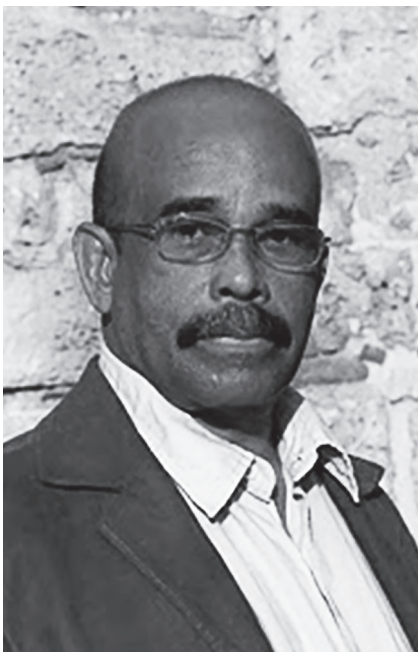


En un parque.
En la estación del tren.
En un café.
En la esquina.
El hombre: Dime: ¿si él no llega, te vendrías conmigo?
(La mujer, a quien se dirige, sonrío y aprieta el silencio.)
El hombre (Insiste): ¿A qué hora quedaron de verse?
La mujer: No. Ni importa. Yo lo esperaré siempre.
El hombre (Desdeñado): ¿Tienes vocación de estatua?
La mujer (Inalterable): No. Es bueno tener una esperanza
para vivirla. ¿Si no...?



PEDRO BLAS
JULIO ROMERO

Cartagena, 1949



OTRO DÍA³⁷



En un consejo de guerra defensor y fiscal efectúan su melodrama. El fiscal apachurra, el defensor eleva, y al final parte y pedazos de los acusados. Éstos se desploman sobre el papelerío inútil y el tablado de la burla. Terminado el consejo, todos sacan sus pañuelos para limpiarse la cara, se inician los apretones de mano, aplausos respectivos, mutuas excusas del fiscal y la defensa. Y al final, brindis de felicitaciones a su impotente erudición. El barrendero de la sala sacude las palpitations olvidadas por los acusados.

El consejo de guerra no tiene más fin que el de realzar su acrecentada fama de estricta y pavorosa justicia... Para los mancebos, claro. Porque aquí un joven mató a otro, pero después se sacó el gordo de la Lotería del Libertador. Resultó libre coincidentalmente.

Otro pobre diablo, le sacó el ojo a un compañero por accidente. Demoraron dos años para repetirle consejo de guerra. Como no se había apuntado a la del Libertador, resultó culpable.

37 - Julio Romero, 1971. Págs. 67-68,61.



ALFREDO VANÍN

Saija, 1950



UN TEMA³⁸



—¿Es tu primera crucifixión?... Entonces que la paz sea contigo —dijo el diablo en sordina al disparar su gran mosquete.

38 - Vanín, 2006. Pág. 77.

CORSARIOS³⁹



El hombre que tenía en el pecho el tatuaje del águila fue el mismo que juró no desperdiciar su cadáver en una bravata. Por algo era inglés, había dicho; por algo había sostenido en sus manos la Biblia impregnada con el olor de las manos de una reina, a salvo de la mugre de las correrías; por algo había amado durante intensas lunas a la mujer de pelo trenzado que lo esperaba siempre en la isla de Old Providence, después de los despiadados abordajes; por algo había mantenido durante diez años el mando de la nao corsario; por algo se llamaba Stephen Davis.

Los amotinados, al mando del segundo de a bordo, degollaron a los últimos marineros fieles y arrojaron sus cuerpos a las aguas del Caribe; el capitán Davis entendió que su final, reservado a los tercetos hombres de su especie, había comenzado, y que ya era imposible cualquier maniobra que lo devolviera al mando de su barco, en el que tantos hombres habían enloquecido ante la riqueza momentánea y habían entregado su alma al diablo por descabelladas riñas después de los sangrientos abordajes.

39 - Del libro inédito *Fantasmas previos*. Cedido por el autor para la presente compilación.

Se encomendó a las innegables potestades del océano y revivió en su memoria los grandes instantes de su vida de corsario; agradeció a la reina los favores concedidos y a la mujer mulata las noches invencibles que le había prodigado. De haber vivido más tiempo, se dijo, se habría recogido temprano en Old Providence, en los brazos de Ángela, rodeado de hijos que le habrían hecho más soportable su retiro.

Ahora, cuando sintió las voces de los que venían por él a su litera, donde lo habían confinado bajo la custodia de dos gigantones apostados en la puerta, los que alguna vez había castigado por emborracharse en momentos inapropiados, dedujo con admirable orgullo que la horca estaba lista en cubierta, que si Ángela había concebido un hijo jamás lograría conocerlo.

Hubiera querido morir peleando, pero no había descubierto a tiempo el motín. Esta vez habían vencido los rebeldes, sin que hubiera podido oponerles la resistencia debida. Años antes un intento de rebelión había sido develado en sus inicios y del grupo amotinado no había quedado ni un solo recuerdo a bordo. Esta vez no habían funcionado las alertas porque se habían entregado a festejar el saqueo de un buque holandés que regresaba a casa cargado de riquezas de las colonias españolas.

Éste había sido un golpe traicionero, tal vez apresurado por las posibilidades de botines que no estuvieran controlados por tantos escrúpulos, quizá meditado a lo largo de muchas horas, sin que el capitán Davis hubiera encontrado motivos de alarma.

La pistola y la Biblia estaban escondidas en el viejo barril que alguna vez albergó el ron para los abordajes y las celebraciones. Sus riquezas habían sido repartidas ya en una orgía de oro y plata que convirtió a los amotinados en fugaces sultanes. Había escrito en la Biblia minutos antes, con letra

firme, bajo la dedicatoria real: *Se apoderarán de todo, de la nave, de esta litera y mis trofeos, pero jamás de mis hazañas, y menos de mi amada Angela Downs.*

De un pistoletazo borró el lugar del tatuaje. Su sangre impregnó algunas páginas del libro que el jefe de los amotinados vaciló antes de recoger de la mano rígida que la sostenía. Un temor ancestral por los muertos dominó por momentos el ánimo del sanguinario bucanero de las islas. Pero al final, el recién elegido capitán Richard Andrews se burló de las tonterías del suicida: como lo había sentenciado otro pirata más antiguo que él, los muertos pueden asustar pero no muerden.

Sin embargo, no pensó lo mismo cuando años después una nave de avanzada estructura, mucho más gananciosa en velocidad y maniobra que la que él había heredado, gobernada por un hombre joven y arrogante que se hacía llamar John Downs, abordó a la vieja *Justice*, derrotó a su tripulación con poco esfuerzo y mientras sus hombres la saqueaban y ajusticiaban a los derrotados, el capitán de la *Savage* sólo reservó para él una descuadernada Biblia, en la que las huellas de sangre parecían ser recientes.

HERACLITIANA⁴⁰



No te bañabas en el mismo río, pero en mis brazos parecías eterna.

40 - Vanín, 1990. Pág. 45.



SONIA
NADHEZDA TRUQUE

Buenaventura, 1953



TERCER LUGAR DE LA MEMORIA⁴¹



“En quince días me caso con Clara”. Esa frase dio comienzo a lo que iría creciendo anárquicamente, sumiéndome en el más profundo dolor. Miguel me hizo el anuncio de su boda, una noche, de regreso al apartamento, después de dejarla en su casa. Recuerdo que escuché su decisión y me quedé parado en el intento de servirme un vaso de whisky. Estuve a punto de soltar una carcajada, porque todo esperaba menos que la eligiese entre todas las mujeres que le había presentado, dejando de lado otras, más capaces, aunque es verdad, menos hermosas, pero me contuve ante la gravedad del tono y las obvias razones favorables que este matrimonio le traería. Pese a que lo sospechaba, nunca tomé en serio esa relación, sobre todo por la frivolidad de Clara, su manera de mostrarse con trapos extravagantes, ropa traída de Europa, esa manera suya de ser tan informal, pero sin un milímetro de profundidad en las conversaciones. Dentro de los supuestos de Miguel, su enlace no podía ser más lúcido. Clara —de

41 - Truque, 1996. Págs. 16-17.

clase prominente y con varios familiares en el poder— era sus ojos, la entrada por la puerta grande a su más cara ambición. A mí me resultó como la confirmación de lo que siempre había pensado y que no me atrevía a aceptarlo; todo su pasado de revolucionario y de terrible terminaría cuando encontrara la que le suavizara el camino.

“En quince días me caso con Clara”. Así. Escueto, sin sutileza. No creo haber demostrado el dolor que su decisión me infligía. Conservé la serenidad que me caracteriza. No me serví el trago que de costumbre tomaba al regresar con Miguel al apartamento, y que nos introducía a comentar lo sucedido. Simplemente lo miré y encontré que traslucía de felicidad. Sentí que por fin empezaba el alejamiento. Recibí la noticia de la nueva situación como si después de haber alcanzado lo que vanamente llamamos felicidad, nos pusiera como axioma de lo cotidiano frente a lo que ha sido siempre: la gran suma de fracasos.

MISERIA Y DESAZÓN⁴²



La mujer comenzó a silbar y súbito apareció la manada más grande de perros que yo hubiese visto. Los perros la saludaron con movimientos de cola, ladridos de contento, y la mujer se veía dichosa sacando pan y repartiéndolo entre todos. La mujer, rodeada de perros, erguida, parecía una heroína, pero a mí me pareció grotesco, sentí mareo y pese a todo me quedé otro momento, observando a la mujer y su felicidad elemental, radiante, y la vi como espejo de lo que yo sería más adelante.

Me fui llenando de angustia. Quería dejar de mirarla. Quería irme y no podía. Ella parecía conforme, resignada y satisfecha. Yo. Ella. Me alejé enervada, sintiéndome a tope de fealdad, sin ganas de encontrarme con nadie, como que prefería prolongar mi estado, diciéndome que sólo yo podía resolver mi situación, que es vano comentarlo a los conocidos, en los que la respuesta es una falsa comprensión, una mezquina solidaridad. Lo he sabido y por eso no tengo amigos, me refiero a la gente como mis conocidos. La conclusión

42 - Truque, 1996. Págs. 69-70.

más fácil —ese día me hizo mucho daño—, caminé llorando, exacerbando mi estado, con ganas de zafarme de una vez por todas. En una de las paredes había un graffiti: *Hoy puede ser un día feliz.*



LYA DAMARIS
SIERRA GONZÁLEZ

Barranquilla, 1953



MÁSCARAS⁴³



Cuando el baile de máscaras finalizó, la hechicera se dispuso a abordar el Cadillac negro que debía conducirla al descanso de su lujosa mansión. Entonces los vio. Estaban ahí, hieráticos, embozados en sus ropajes oscuros, esgrimando la enorme cruz que brillaba siniestra con la complicidad de la luna. Fue empujada hasta el final del sendero empedrado y angosto. La pira de leños secos consumiría su fatídica sorpresa.

43 - Inédito. Cedido por la autora para esta antología.

PLATÓNICA⁴⁴



La nave había naufragado en su última expedición a los Mares del Sur. Únicamente él había sobrevivido al ataque violento de las olas. Sabía que en muy breve tiempo el intenso frío acabaría con su vida. Por eso su júbilo no tuvo límites cuando distinguió a lo lejos los contornos de una embarcación. Venciendo su falta de energías, avanzó hacia la orilla y esperó pacientemente durante largo tiempo. El gigantesco iceberg pasó lentamente frente al náufrago desesperado.

44 - Inédito. Cedido por la autora para la presente compilación.

LA BURLA DE LOS DIOSSES⁴⁵



Desde que abandonó su natal Ámsterdam, el misionero Van Der Merck, se propuso viajar a la selva del Amazonas para cristianizar a los belicosos indios Ges. Sabía que con su fe y una altísima dosis de paciencia, lograría su cometido.

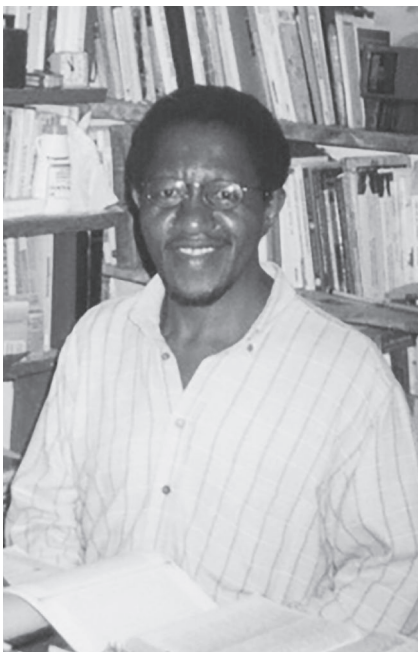
Finalmente consiguió su cometido. Ahora es el Chamán que convoca y preside las ceremonias a los dioses.

45 - Inédito. Cedido por la autora para la presente compilación.



PEDRO WALTHER
ARARAT CORTÉS

Buga, 1954 - Cali, 2008



LAS SOBREVIVIENTES⁴⁶



El gigantesco hombre apareció de repente en el patio. Nos habíamos reunido para celebrar la fiesta de despedida de Angélica, quien había completado el ciclo necesario de aprendizaje en grupo. Estábamos comiendo un delicioso pan con chocolate cuando él corrió con grandes pasos y, sin aviso previo, cogió a puntapiés a la homenajead, dejándola con sus tripas afuera sobre el piso. Nosotras pudimos escapar porque nos metimos en un tarro lleno de basura; allí estuvimos encerradas hasta que sentimos que el hombre se marchó. No tuvimos el valor para volver hasta donde quedó agónica la desventurada Angélica. Por miedo, permanecemos encerradas en el escondite. Súbitamente oímos el ruido de un motor en marcha, y dos hombres pujando levantaron el tarro. Lo vaciaron en el fondo del camión recolector. Huimos y así pudimos llegar hasta esta cueva, en busca de refugio.

Señora, es necesario defendernos de nuestros enemigos; sabemos que nos odian pero nos temen; ¿estamos con-

46 - Ararat Cortés, 1980. Pág. 1.

denadas a morir bajo sus pisadas de animal grande? ¿Qué dice?, ¿nos permitirán vivir aquí con ustedes?

La cucaracha desplegó sus alas y frotó sus patas delanteras, queriendo decir que las aceptaban. Las dos cucarachitas penetraron en la cueva.

ARTESANO⁴⁷



Quando el viejo escogió el andén de enfrente para morir-se, lo sospeché. No he cometido ningún crimen al hacerlo, sólo lo vi, secándose al sol, como un cuero viejo que se endurece poco a poco.

Ni sangre tenía el viejo; un cortejo de moscas bebía sus últimas aguas, en una libación orgiástica, sin recatos ni límites.

Los materiales para trabajar la zapatería están muy caros, sobre todo el material para las suelas. Son muy buenas las suelas que he fabricado con la piel del viejo; su cráneo pelado sonrío en medio de los zapatos que tengo en el mostrador. La piel de viejo es resistente, aunque un poco tosca.

47 - Ararat Cortés, 2011. Pág.39.

LA RISA ASESINA⁴⁸



La muerte nos viene con una risa estúpida que no podemos detener. Hoy he visto a una mujer hermosa: el pelo largo y negro caía sobre su espalda como un río incontenible de sensuales olas; las manos lánguidas reposaban en su estómago de bestia hinchada. Al mirar a su cara, la vi tan hermosa que no pude reprimir la risa que me brotó como una erupción peligrosa.

El hombre que estaba a mi lado comenzó a reírse; el temblor agitaba todo su cuerpo, la carne le bailaba con un ritmo propio, bastante libre y desordenado; hasta hacerlo correr. Se alejó, con su risa escandalosa, unos cuantos pasos y empezó a inflarse por la risa asesina. Su cuerpo crecía y se hacía más liviano, hasta que comenzó a elevarse con la risa, como un globo grotesco. La gente se amontonó en las calles para verlo, los niños gritaban y empezaron a tirarle piedras. No había alcanzado mucha altura, cuando explotó. Creo que uno de los chiquillos lo alcanzó con una piedra.

Ojalá no me alcancen a mí con sus pedradas. ¡Ah...! ¡Esta risa es maravillosa!

48 - Ararat Cortés, 2011. Pág.40.



RÓMULO BUSTOS AGUIRRE

Santa Catalina de Alejandría, 1954



CRÓNICA DEL ÁRBOL DE AGUA⁴⁹



Un día, Dios sembró un árbol de agua para que lloviera. Tomó lágrimas tuyas y las sembró. Y vio Dios que era buena la tierra del cielo para sembrar la lluvia. Y hubo así estaciones. Y cada cierto tiempo, el viento que agita las alas de mil ángeles, estremece el árbol y sus hojas se esparcen sobre la tierra. Entonces comienza el invierno. Y nosotros ponemos ollas y cántaros para recoger la lluvia.

49 - Bustos Aguirre, 1993. Pág. 149.

ESCENA DE MARBELLA⁵⁰



Junto a las piedras está Dios bocarriba. Los pescadores en fila tiraron largamente de la red. Y ahora yace allí, con sus ojos blancos mirando al cielo. Parece un bañista definitivamente distraído; parece un gran pez gordo, de cola muy grande... Pero es solo Dios, hinchado y con escamas impuras. ¿Cuánto tiempo habrá rodado sobre las aguas? Los curiosos observan la pesca monstruosa. Algunos separan una porción y la llevan para sus casas. Otros se preguntan si será conveniente comer de un alimento que ha estado tanto tiempo expuesto a la intemperie.

50 - Bustos Aguirre, 1998. Pág. 207.

MONÓLOGO DE JONÁS⁵¹



Cuando echaron las suertes y los hombres furiosos me arrojaron al mar, creí que era el fin. Pero esto es más que el fin. Si comiera de la carne de este animal durante el resto de mis días, no alcanzaría la salida. Así es la profundidad de mi cautiverio. He transcurrido mucho tiempo sin otro sol que mi propio fuego.

A veces me confunde el tumulto de su respiración, la trepidación de sus latidos magnificados por el eco a través de las muchas cavidades... como si fuera yo quien respirara, como si mis propios latidos lo inventaran.

Acaso sea yo el corazón de la ballena.

51 - Bustos Aguirre, 1998. Pág. 210.



LENITO
ROBINSON-BENT

Providencia, 1956



HACER Y DESHACER NUDOS⁵²



En el mar, hacía nudos, amarraba amantillos, soltaba jarcias, etcétera; en los puertos, anudaba suspensos e idilios, soltaba hebillas y desnudaba mujeres pedigüeñas. Todo lo hacía con la misma habilidad. Con el tiempo, llegó a constatar que ambos procedimientos eran idénticos: en el mar, a la penumbra de la luna o a veces en la oscuridad; en el puerto, en la penumbra de un candil o en lo oscuro indescifrable. Muy pronto se convirtió en un experto en las martingalas de ambas artes.

Ahora, amordazado a la rutina de sedentario, continúa haciendo trenzas de mimbre y nudos de hilos mientras pasa el tiempo y sin que llegue a precisar la naturaleza de su esperanza.

A la noche termina la red, se levanta lentamente de la silla, mira su obra desde la puerta, al otro extremo de la casa; la mira largamente a contraluz, como si esperara encontrar algo escondido más allá de la otra orilla de los rombos de hilo. La débil luz emitida por la linterna de queroseno enci-

52 - Robinson-Bent, 1988. Págs. 18-19.

ma de la mesa de la sala le llega en mosaicos a través de la red para atigrarle la piel. Terminada la muda contemplación, entra al dormitorio, se desviste lenta y metódicamente antes de acostarse con la soledad, en un silencio apenas roto por las notas monocordes de un grillo tan melancólico como él. Las últimas gotas de combustible de la lámpara se van consumiendo en una llamita convaleciente anaranjada y, a medida que la oscuridad baja del cielo raso, sus recuerdos se van apagando; los siente cada vez más lejos, más livianos, se cubren de nubes oscuras y se apagan sigilosamente. “Mañana será otro día”, suele decir. Con el primer nudo los recuerdos volverán a germinar desde sus cenizas, desde antes del caos, desde antes de la existencia de las alboradas de plata bajo cuyo amparo los cuerpos tiernos de los hombres se juntaban con las diosas núbiles y aquiescentes sobre la llanura sin fin del mar.

CORRESPONDENCIA⁵³



Todos los martes, Sylvia recibía una carta desde el otro extremo de un viaje. Su padre, consternado por ese ritual, le preguntó un día, sin precisar detalles ni enfatizar interés alguno, sobre el progreso de aquella relación sentimental en diferido.

—No hay ninguna relación sentimental.

—Y él, ¿por qué sigue escribiendo?

—Porque quiere.

—Y tú, ¿qué le has dicho?

—Nada.

—¿Y qué piensas decir?

—Nada.

Un día, la carta no llegó. Y no llegó al día siguiente, ni el siguiente martes, ni nunca más. Entonces ella ordenó las cartas y se puso a contestarlas febrilmente. Su padre, consternado por el estado en que se encontraba su hija —absorta, extraviada, los ojos llorosos—, le preguntó como distraído, para no alarmarla:

53 - Robinson-Bent, 1988. Págs. 44, 47, 48.

—¿A quién escribes?

—A él.

—Pero... —vaciló— si él no volvió a escribir.

—No.

—¿Y por qué le escribes ahora?

—Porque quiero.

—¿Qué le vas a decir?

—Todo.

Sylvia retomó la faena. Siguió escribiendo su carta de martes hacia el otro lado del silencio de todos los viajes.

EL NAUFRAGIO⁵⁴



Una noche se desencadenó una tempestad en alta mar, las velas se rajaron como si fueran de papel, perdimos el control del bergantín y el viejo casco de madera empezó a hacer agua. Corrió la voz de alarma: la mitad de la nave se encontraba bajo agua; entonces supusimos que el desastre era inevitable. Corrimos al único bote de salvamento, y cuando no cupo ni un mensaje más, los que aún estaban en el mar nadando tuvieron suficiente suerte para poder asirse a una balsa providencial que se encontraba a la deriva en la insondable oscuridad. Cuando nos creíamos todos a salvo, escuchamos los angustiosos gritos de socorro de una mujer tras los crujidos de catástrofe del bergantín en su postrimer sacudón. Ella sólo imploraba que la salvaran con su pequeña hija de siete años. Y nosotros, petrificados dentro del bote, imaginábamos las miradas apagadas de aquellos sobre la balsa, sugiriendo “ve tú”, “¿y por qué no vas tú que sabes nadar mejor...?”. Y nadie se inmutó; todos quedamos pensando tal vez, pobre mujer, pobre niña. Cuando se hubieron apa-

54 - Robinson-Bent, 2010. Págs. 121-122.

gado los gritos, una voz impersonal de entre nosotros musitó “vámonos, ya no podemos hacer nada”, y nos fuimos sin ella, sin la niña, sin... Los que tuvimos una conciencia nos hemos sentido eternamente marcados en la frente con el fierro ardiente de una parte alícuota de la culpabilidad por aquel acto vil. No solamente fuimos cobardes sino también egoístas e indiferentes ante el dolor ajeno. Y ahora que soy inocente de cualquier cargo que me puedan acusar, vuelvo a escudriñar todos los recovecos y laberintos de mi conciencia y encuentro que el único crimen grave que he cometido a lo largo de mi vida es el de la indiferencia.



SONIA SOLARTE O.

Cali, 1959




LA REENCARNACIÓN DE LAS ESFINGES⁵⁵



Tal vez estemos muertos y lo que llamamos presente ocurrió meses años siglos atrás. Tal vez sólo seamos la luz de estrellas muertas o el reflejo de miles de espejos que llegan al presente del pasado con las imágenes de una vida que ya vivimos. Tal vez los rostros que contemplo, las calles que camino, el pan que muerdo sean formas perdidas de un sueño ya soñado. Tal vez no te amo y tu amor y tú sean los fantasmas de otro amor.

55 - Ocampo y Cuesta, 2010: 327, 328.

A black and white photograph of a coastal scene. The sky is filled with large, dramatic clouds. In the foreground, there is a body of water. In the distance, a small boat or ship is visible on the right side. The overall mood is serene and atmospheric.

DORA ISABEL
BERDUGO IRIARTE

Cartagena, 1971



IMPACTO⁵⁶



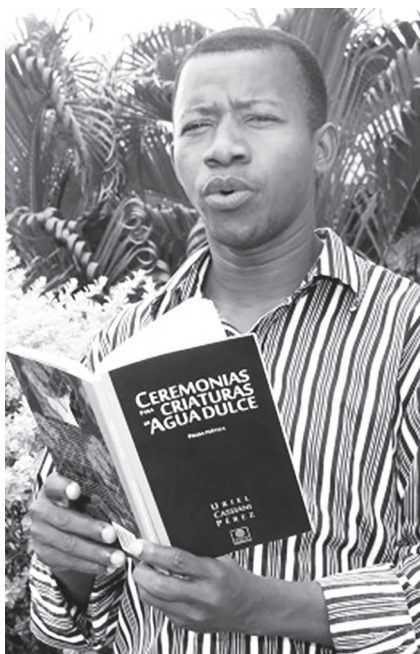
Un impacto certero en el estómago, el sonido recorriendo la tierra, lágrimas y gritos me rodean. La sorpresa no me permite el pánico, mi cuerpo se desploma, creo que estoy muerta.

56 - Cuesta y Ocampo, 2010: 479.

A black and white photograph of a coastal scene. The sky is filled with large, dramatic clouds. In the foreground, there is a body of water. In the distance, a small boat is visible on the right side. The overall mood is serene and atmospheric.

URIEL
CASSIANI PÉREZ

San Basilio, 1973



LOS DESIGNIOS DE LA ÚLTIMA PRUEBA⁵⁷



A todas las pruebas he asistido juiciosa. Una mujer de trece años. Busco en mi sed. Aumento mis deseos para reclamar el honroso título de hembra. Decidí ser bruja por voluntad propia. A los trece para este oficio ya se es mayor de edad. Tengo el carácter, la entereza, el equilibrio en los nervios. Ya espere después de doce de la noche bajo el campano donde entierran a los niños. Vi desprenderse de la oscuridad de una sombra que llenó la tierra, después esa sombra entró en mí, me puso contra la pared sin poseerme. No podría negarlo, por más valor que corra en la sangre que llena mi pecho. Esa vez el pavor me quitó la voz y volvió nada mis rodillas. Soporté sin desvanecerme. Antes había bebido la sangre pura de mi hermoso sobrino, quien con sus ojos de gato recién nacido parecía suplicarme: *no lo hagas, tía buena, ¿recuerdas cuántas sonrisas te he regalado?* Ninguna prueba puede quedarme grande ahora. Una hembra con falda bien ceñida a las caderas, dirían los machos. Yo aumento con temor los

57 - Cassiani Pérez, 2010: 27.

aceros de mi valor, espero en un futuro cercano no temer a nada. Pero hoy, cuando el reloj rompa la línea de las doce en la noche, será la más insensata de las pruebas: una serpiente del tamaño de una bonga joven me tragará, y no sé si sobreviviré.

PEQUEÑOS ENSAYOS DE BRUJAS⁵⁸



La noche se presta para desafiar los siete elementos, para la urgida necesidad de estar en otro, de ser otro. Las mujeres que conocen lo oculto, lo saben; hoy catorce de junio con la conmemoración de San Basilio, tienen fiesta. Se desnudan como en un juego de muñecas, se miden las tetas, se besan, son niñas. La mayor no alcanza los dieciséis años. Tocan palmas para despertar la noche. Levantan los saludables brazos. Una por una dejan de ser materia... Y Sayonara empieza el baile: se vuelve un sinsonte, su fresca voz corea de exacta manera la música del mar cuando está sereno; Sofía, una burra con lanas rojas que pide un hombre detrás de ella; Helena, una loba que desea comer luceros; Alicia, una sangre de toro que llena con su canto el paladar; Rocío, una ternera obesa que desfila; Adamir, una ardilla de tímida sonrisa; Margarita, una potranca de pasos invisibles; Valeria, una zorra; Ámbar, una cheleca; Susana, una perra; Esther, un armadillo que en las axilas de Roxana esconde la cabeza; Mi-

58 - Cassiani Pérez, 2010: 43-44.

lagro, una loba que ladra a las nubes; Yolima, una mula que resistiría sobre sus ancas el planeta; Estrella, una cascabel que lame su propio veneno; Faisuris, una pata con cien paticos; Rosmira, un ponche de carne tierna; Beruska, una cerda en celo; Yarirsa, un chavarrí de patas rojas; Tania, una chiva de lanas azules; Claudia, una paloma con plumas verdes.

Una fauna de hermosas y selectas hembras, con dulces cuerpos, con miradas de mundos perfectos. Procuero ver mejor las escenas que ruedan frente a mis ojos, me acomodo en la espesura. Sintieron el ruido, las niñas en un estado para temer, miran hacia donde me escondo.

ENTRE LAS CENIZAS VUELA EL CISNE⁵⁹

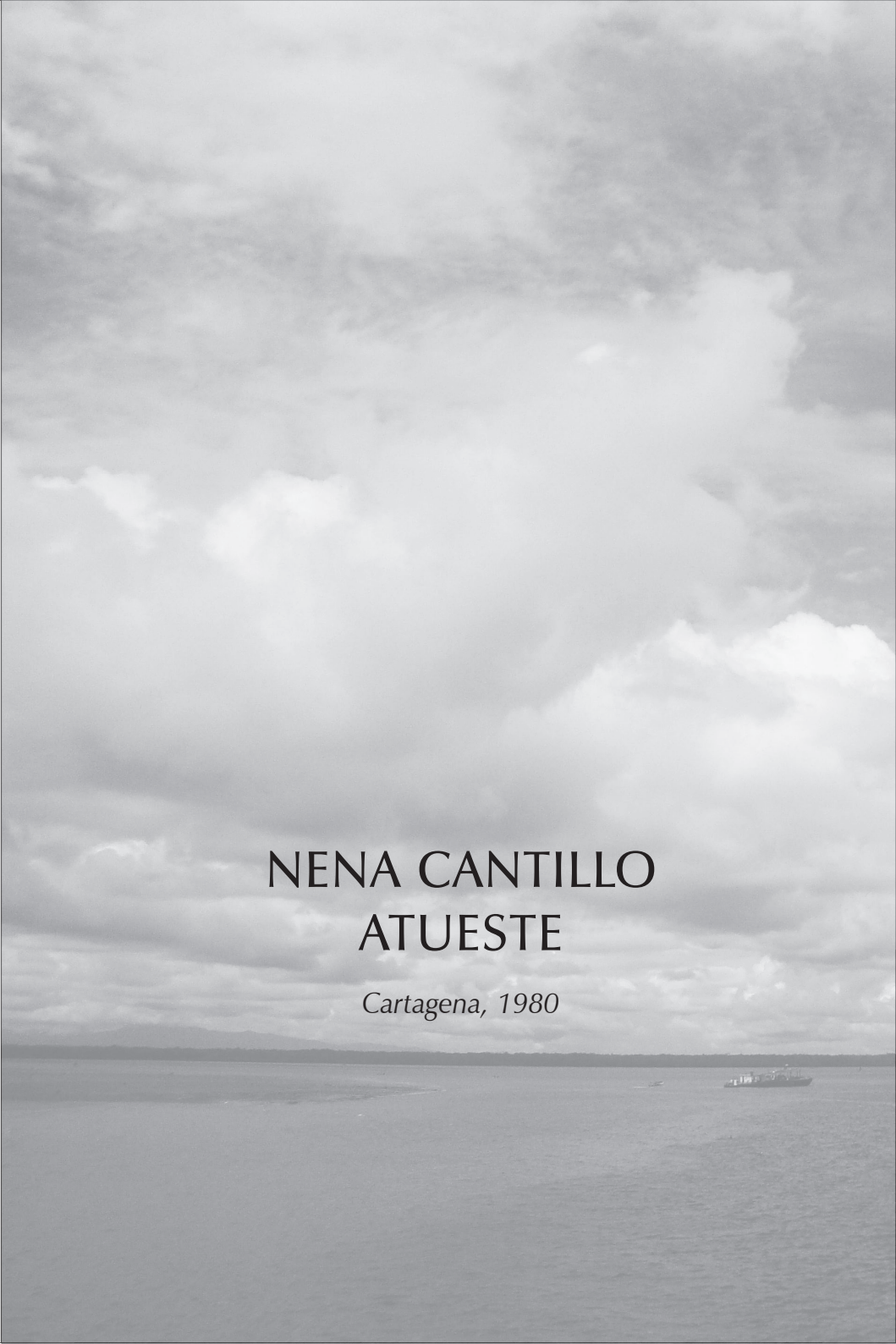


Prometió gladiolos color naranja, astromelias de la India, camelias chinas, tulipanes de Arabia, pompones rusos, orquídeas alemanas. Prometió regresar el pasado para obsequiarme el caballo de Atila. Prometió traerme vivas libélulas de oro con alas de esmeraldas. Un crucigrama donde al pronunciar el nombre de lo buscado, éste se haría real. Todo a cambio de volverme cisne y llevarlo a lo alto para ser poseída sobre una nube. Por sentirme amada, cumplí al dedillo su exigencia. Me esmeré por tenerle. Por un tiempo bueno cumplió con amor. Me azucaró el alma con palabras, con detalles de caballero puro. Lo amé profusamente y un buen día desapareció de mis inventarios cotidianos. Marchó a una nación de rascacielos, de campos magníficos e infinitos, donde levantaron los hombres una torre que insiste en tocar las estrellas. Jamás contó con que mi olor se quedaría bajo su piel, que podría lavarla con las más dulces lociones y jamás desaparecería. Que yo podría fácilmente ir tras su

59 - Cassiani Pérez, 2010: 47-48.

vida a cualquier lugar del mundo. No imagina el río que con lágrimas hice, el mar que creció bajo mis pies después de esperarlo con paciencia de mujer abnegada.

Armé con frialdad mi venganza, lo seguí y lo sorprendí en el hotel Saint Tomes de la Rué Charlottee. Durmiendo, perfumado entre sábanas azules y blancas. Cuando entré por la ventana se impacientó en el sueño. Tal vez el aroma de las flores prometidas le llenó la nariz y el alma. Alguien gritó en el lujoso pasillo del hotel: ¡Un cisne, un cisne! Le sostuve con los pies los brazos. No había tiempo para sensiblerías. Sobre su cabeza abrí mis piernas y solté un chorro de orín en su rostro hasta ahogarlo. Tenía que pagar. Cuando sentí las llaves desesperadas jugando con la cerradura, estaba saliendo por la ventana.



NENA CANTILLO ATUESTE

Cartagena, 1980



COLORÍN COLORADO⁶⁰



Y fueron felices para siempre.
Fin.

Y una mañana (cuando la miel de la luna se les había agotado) se sorprendieron con el rostro hinchado, desgredados y con mal aliento. A la princesa le aparecieron estrías, un par de llantas y celulitis. Ya no se interesaba tanto por lucir de corsé y peinado súper chic; olía a grasa de cocina y se desvivía por la novela de las dos de la tarde. El príncipe fue perdiendo gallardía; por sobre su barriga crecida eructaba truenos a cualquier hora y liberaba flatos letales en el lecho matrimonial. Qué decir de su obsesión por las chicas de veinte, aunque le costaran casi el sueldo entero y las lágrimas de la que una vez fue la princesa... ahora, por cariño, "Mija".

Los grandes autores nos mintieron.

60 - Cuesta y Ocampo, 2010: 563-4.

CHIQUITA⁶¹



Si te hubieras visto en este ahora, entre facturas y desamores, no habrías vacilado en hacerte el favor con un cuchillo de verdad.

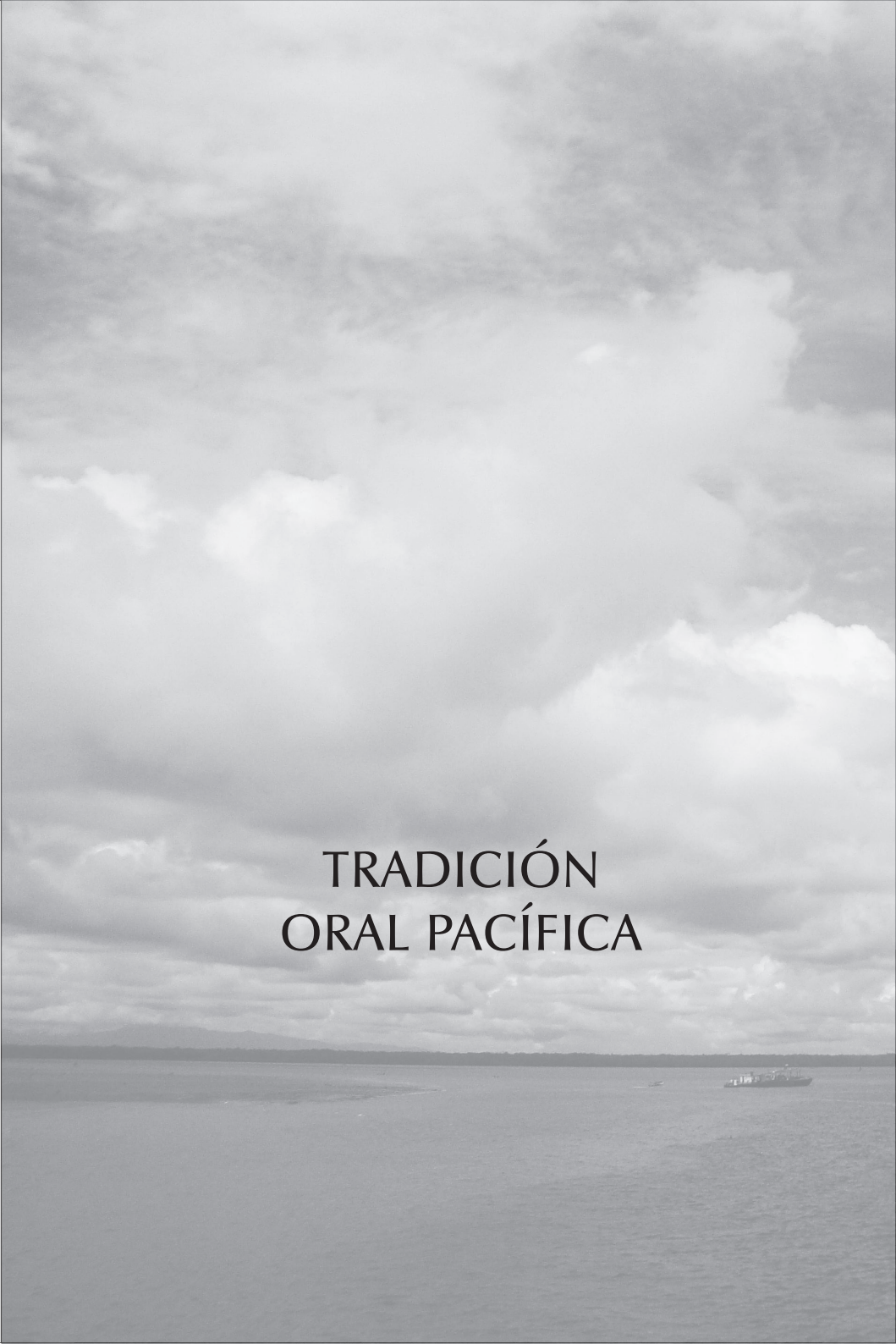
61 - Cuesta y Ocampo, 2010: 561.

CARTA A LAURA⁶²



Los cazadores escasean. Las caperucitas aún existen, sólo que no se cubren de llamativo rojo, Laura, prefieren descubrir el torso y echarse mucho lápiz labial. Los lobos feroces abundan. Frescos e incipientes. O viejos ya; apoltronados en el piloto de sus carros carísimos. De lobos, conservan la mirada, el diálogo y las intenciones. Algunos huelen a Giorgio Armani. Me ha tocado ver cosas... lobos con garras entrecruzadas, sentados desde el otro lado del escritorio, observándola a una con mirada delatora, Laura. ¡Garantizando que el camino que señalan es el más fácil para llegar a destino! —ellos no saben que, cuando sonrín, sólo distingues caninos y sus ganas babeantes—. Queda sonreír y creerse Scherazade.

62 - Cuesta y Ocampo, 2010: 564-5.

A black and white photograph of a cloudy sky over a body of water. The sky is filled with large, textured clouds. In the distance, a ship is visible on the horizon. The text 'TRADICIÓN ORAL PACÍFICA' is overlaid on the image.

TRADICIÓN
ORAL PACÍFICA

SAN BENITO⁶³



San Benito era blanco y muy bonito. Piadoso como era, deseaba ser santo, pero las mujeres lo perseguían continuamente, perturbándole sus oraciones.

Un día, aburrido por los requerimientos de las diabras aquellas, pidió a Dios que le enviara un castigo que le cambiara todo el cuerpo. Dizque pidió carate, sarna, lepra, coto, llaga... algo por lo cual lo dejaran en paz las hembras de su pueblo.

Dios no le mandó ninguna de esas cosas pedidas, porque lo quería demasiado, pero lo volvió negro como la jagua. Así, las mujeres huyeron de su presencia para siempre.

63 - Velásquez, 1957. Pág. 187.

EL MURCIÉLAGO⁶⁴



Peleaban los animales entre ellos, los cuadrúpedos con las aves, y el murciélago se encontraba estacionado en la copa de un árbol. Los veía pero no intervenía en ningún bando.

Cuando vio que la pelea se inclinaba del lado de las aves, inmediatamente se bajó volando y las felicitó: yo estoy con ustedes. ¡Pero si vos no tenés patas! Le contestaron. No, señó, mire, mi medio de locomoción son las alas, yo soy un ave y estoy con ustedes. Mientras se distrajeron hablando con el murciélago, les cogieron ventaja los cuadrúpedos y se inclinó la batalla a favor de ellos.

Inmediatamente cuando él vio eso se pasó donde los cuadrúpedos. Sacó sus muelas, se puso en cuatro patas, caminó arrastrao y les dijo: miren, soy cuadrúpedo, yo soy de ustedes, yo fui a regañar a esos de allá. En eso, no siguieron peleando; las aves con los cuadrúpedos fumaron la pipa de la paz, y todo se arregló.

Cuando él vio eso quiso anexarse a las aves y lo rechaza-

64 - Revelo Hurtado, 2010. Pág. 131.

ron: usted dijo que era cuadrúpedo. Y cuando quiso hacerse al lado de los cuadrúpedos, no lo aceptaron: usted dijo que era ave. Al murciélago no le quedó más remedio que someterse a la oscuridad de la noche, alimentarse de frutas, de sangre y no tener amigos.

CUATRO HERMANOS⁶⁵



El viejo, en su cacería, tenía visto en el pie de un cerro un árbol bien frondoso en el que había echada una perdiz con doce huevos; no la había matado porque estaba esperando a que reventaran.

Un buen día, los cuatro hermanos le dijeron al viejo que ya él los había criado, pasando amarguras y que ellos iban a corresponderle. Le pidieron la bendición y salieron, cada uno por su camino, a encontrar una profesión. Al cabo de un tiempo, regresaron. El padre les preguntó, uno a uno, qué habían aprendido. El mayor aprendió a ver, el siguiente a tirar con la escopeta, el otro se volvió ladrón y, el más joven, sastre.

“¿Qué hay allá al pie del cerro?”, preguntó el padre al primero. “Un árbol frondoso que en el cogollo tiene una perdiz, echada con doce huevos”. Entonces, le pidió al segundo: “Tírele al nido y que la bala perfora los huevos, sin alterar a la perdiz”. El tirador se cuadró y disparó; el veedor iba narrando que todo ocurría tal cual. “Venga usted”, le ordenó al la-

65 - Revelo Hurtado, 2010. Págs. 48 a 52.

drón, “bájeme los huevos, sin que la perdiz se dé cuenta”. El ladrón trajo su botín. Entonces, el padre le mandó al menor: “Remiende los huevos”. Así lo hizo, tan bonitamente, que no se veía que había pasado aguja ni nada por ahí. Finalmente, le pidió al ladrón que retornara los huevos a su sitio sin perturbar a la perdiz, cosa que verificó el que veía.

Y así fue como el viejo examinó y aprobó las profesiones de sus cuatro hijos.

UNA DEUDA DEL TÍO CONEJO⁶⁶



Al Tío Conejo le tocó organizar la celebración del aniversario del León. No tenía plata para comprar bebidas y todas esas cosas. Se fue, pues, donde la Cucaracha y le pidió cien riales, con la condición de devolvérselos al mediodía siguiente. Luego se fue donde la Gallina y le prometió devolver el préstamo al otro día, a las doce y cuarto. Lo mismo hizo con la Zorra, a la cual citó a las doce y media. Al Tigre fue a hacerle la misma propuesta, pero éste le contestó que el León estaba molesto con él. Yo te arreglo ese problema por cien riales, le dijo el Conejo... te espero en mi casa mañana, antes de la una.

La fiesta se llevó a cabo con todo éxito.

Al otro día, llegó la Cucaracha a casa del Conejo, que había empezado a prender el fogón y la invitó a la mesa. Pero a las doce y cuarto, tocaron a la puerta. ¿Quién es?, preguntó el Conejo. Soy yo, primo, la Gallina. La Cucaracha se asustó mucho y el Conejo la invitó a esconderse en un vasito. Hizo seguir a la Gallina y la invitó a almorzar: le tengo una sorpre-

66 - Revelo Hurtado, 2010. Págs. 115 a 117.

sa en ese vasito. La gallina almorzó complacida. De pronto, tocaron a la puerta. ¿Quién es? Soy yo, primo, la Zorra. La Gallina se asustó mucho y el Conejo le sugirió esconderse en la olla de barro. Hizo seguir a la Zorra y la invitó a almorzar: le tengo una sorpresa en esa olla. La Zorra almorzó satisfecha. De pronto, tocaron a la puerta. ¿Quién es?, preguntó el Conejo. Soy yo, primo, el Tigre. La Zorra se asustó mucho y el Conejo la escondió en la alacena. Hizo seguir al Tigre y lo invitó almorzar: le tengo una sorpresa en la alacena. El Tigre almorzó encantado y, de pronto, tocaron a la puerta. ¿Quién es? Soy yo, primo, el León. El Conejo lo había invitado para presentarle a quien había sido su socio en la organización de la fiesta. El León estaba muy agradecido con ambos y, en consecuencia, se reconcilió con el Tigre.



TRADICIÓN ORAL ISLEÑA

EL MUÑECO DE BREA⁶⁷



Cuando el tiempo era tiempo, se hizo escasa el agua en el bosque. Entonces, Hermano Anancy [araña] les preguntó a todos si le ayudaban a cavar un pozo.

—Yo no... no va a salir agua... es mucho trabajo... estamos muy cansados —dijeron.

Anancy se puso a cavar solo, hasta que salió agua, abundante y cristalina. Saltó de alegría y tomó y tomó hasta que no pudo más. Entonces, preguntó al resto:

—¿No quieren agua?

—¡Sí! ¡Sí! —respondieron.

—Como nadie me ayudó, nadie va a tomar de mi agua —les dijo él.

Tapó el pozo y salió a buscar alimento. Cuando regresó, encontró el pozo seco. Entonces, arregló una trampa: sentó muy cerca del pozo un muñeco de brea.

Mientras, otra mente trabajaba muy ágil: el Hermano Tigre. Planeó esperar a que anocheciera, ir al pozo y tomar todo el agua que pudiera, y luego llenar vasijas para tener

67 - MEN, 2010. Págs. 78-79.

guardada. Pero, cuando llegó al pozo, se encontró con el muñeco. Entonces, le extendió la mano en son de amistad y le dijo:

—Hola, amigo, regálame un poco de agua, me muero de la sed.

Pero la mano le quedó pegada. Entonces lo agarró con la otra mano para liberarse, y ambas se quedaron pegadas. Se desesperó más y le mandó una patada... pero el pie le quedó pegado. Y permaneció toda la noche gritando:

—Suéltame, te digo que me sueltes.

Al salir el sol, el Hermano Tigre vio la estúpida trampa en que había caído y la burla de los demás animales, y fue cuando se desmayó. El Hermano Anancy, que era de buen corazón, pidió a los otros animales que lo ayudaran a liberarlo. Los otros, al ver el buen corazón de Anancy dijeron:

—Desde hoy aprenderemos la lección y trabajaremos unidos para el bien de todos.

ARAÑA ENGAÑA A TIGRE⁶⁸



Hermano Tigre y Hermano Araña siempre salían juntos a buscar novia. Pero el primero conseguía, mientras Araña no. Todas las chicas querían bailar con el Hermano Tigre. Entonces, una vez Araña se acercó a un grupo de chicas y les explicó:

—Cuando salgo con Tigre los domingos a pasear voy siempre montado en su lomo.

—Esto no puede ser —dijeron las chicas— no creemos nada de lo que dices.

—Bueno —dijo Araña—. Este domingo pasaremos por acá a saludarlas y se darán cuenta que no es mentira lo que les cuento.

El Hermano Araña le propuso a Tigre pasear el domingo por la casa de las chicas. Ese día, Tigre arribó a casa del Hermano Araña, quien de inmediato dijo:

—Hoy no puedo caminar. Mis pies nunca me habían dolido tanto. Caminar no me va a ser posible.

68 - MEN, 2010. Págs. 84-85.

—Eso no es problema: te llevo cargado —dijo Tigre, con el fin de no perderse la visita—. Pero, eso sí: cuando vayamos a pasar por la casa de las chicas, vas a pie.

Cuando divisaron la casa de las amigas, Tigre, con la acostumbrada alegría, dijo:

—Prepárate, amigo, que ya vamos a llegar.

Pero Araña le metió un buen espuelazo. Tigre, preso del dolor, salió corriendo tan aprisa que pasó frente a la casa de las amigas.

Entonces ellas salieron muertas de risa diciendo:

—¡Es verdad lo que Araña nos contó! ¿Por qué vamos a simpatizar con el esclavo, si podemos ser amigos del amo?

Salieron al encuentro de Araña y lo abrazaron y Tigre empezó a perseguir a Araña y hasta hoy vive trepado en los árboles.

ANANCY LE HACE UNA JUGARRETA A TIGRE⁶⁹



Anancy encontró un árbol de bollos tan sabrosos, que decidió no compartirlos ni con su familia. Todos los días iba y comía hasta más no poder. Cuando la esposa le ofrecía algo de comer, decía que estaba lleno o que se sentía mal. Ella pensó que él estaba comiendo en otro sitio. Entonces, preparó un huequito en su costal, le echó ceniza y pidió a sus dos hijos que fueran caminando tras él, para averiguar en dónde comía todos los días.

Los hijos vieron todo y le contaron a la mamá. Ella, como era medio bruja, les enseñó un conjuro para que se lo dijeran al árbol. Así, cuando Anancy subía al árbol, los bollos caían; y cuando bajaba a cogerlos, volvían y subían. Entonces, decidió pedir ayuda al primero que pasara. El cerdo no estuvo de acuerdo en alcanzarle los bollos a cambio de las envolturas. Tampoco el perro le hizo caso. Muy entrada la tarde, vio que venía Tigre. Se bajó rápidamente y todos los bollos subieron. Cuando llegó Tigre, quejándose del hambre, le dijo:

69 - MEN, 2010. Págs. 88-89.

—He estado toda la tarde esperándote. Encontré estos deliciosos bollos y pensé: “qué bueno sería compartirlos por la mitad con mi hermano”. Yo te los lanzo y tú los guardas en una bolsa; bajo del árbol y reparto: cojo lo de adentro y te doy lo de afuera, justo la mitad.

—Estoy listo —dijo Tigre, pensando: “¡qué tonto! Justo la mitad, sólo por atraparlos y guardarlos”.

Anancy se subió al árbol y los bollos cayeron. Tigre, con el entusiasmo de ser dueño de la mitad de todo eso, atrapó y guardó rápidamente hasta el último. Anancy bajó y empezó a repartir:

—Esto para mí y esto para ti.

Cuando terminó, le deseó buen provecho a Tigre y se alejó. Hermano Tigre sacó su frasco de agua y se dispuso a comer. Pero cuando empezó a masticar, se dio cuenta de que las envolturas no sabían a nada y que seguramente lo bueno era lo de adentro. Se levantó rápidamente y salió furioso en busca de Anancy.

—¡Esta vez no se escapará!

Pero, para entonces, Anancy ya había comido todos los bollos, tomado agua y descansaba plácidamente bajo un árbol.



TRADICIÓN ORAL ATLÁNTICA

PEBRE DE CONEJO⁷⁰



Una vez, Tío Tigre invitó a Tío Conejo a pescar. Pero Tigre cogió los pescados más grandes y le dejó a Conejo los más pequeños. Cuando tomó su camino, Tío Conejo botó los pescados que le tocaron y se pasó por detrás de los montículos y se hizo el muerto en el camino por donde tenía que pasar Tío Tigre. Cuando Tío Tigre llegó, dijo:

—¡Erda! Se ha muerto un conejo, pero no lo agarro porque llevo mi mochila llena.

Tío Conejo siguió haciendo lo mismo: se adelantaba y se hacía el muerto. Y Tío Tigre:

—¡No joda!, otro conejo; ya fueron dos, si hubiera traído el primero...

Siguió su camino. Cuando vio otro, se preguntó qué estaba matando a los conejos. Lo agarró por la patica y observó:

—Y están bien gordos...

Dejó tirada la mochila en el suelo, puso encima el conejo y se fue a buscar los otros dos para hacer un buen pebre.

70 - Turbay, 2007. Págs. 309-310.

De vuelta, Tío Tigre no encontró nada y entonces descubrió que era una trampa de Tío Conejo.

—¡Con que me la hizo otra vez, Conejo! Estas me las paga —decía gruñendo.

EL MICO ES COBARDE⁷¹



El alcalde ofrecía recompensa por la captura de un perro ladrón. El mico se animó a pelear cuerpo a cuerpo con el perro, pero quedó tendido en el suelo. Entonces, entregó unos excrementos como prueba de que había aniquilado al perro. El alcalde, recelando del mico, le anunció que envenenaría los excrementos, lo cual haría que muriera el animal que los había depositado. El mico se asustó y devolvió la recompensa, reconociendo que tal vez era él quien había depositado esos excrementos, a causa del miedo que había sentido durante la pelea.

71 - Turbay, 2007. Pág. 314.

EL REY NEGRO⁷²



Hace más de un siglo, el negro Domingo Bioho se fugó de las galeras de Cartagena de indias y fue rey guerrero de la ciénaga. Huestes de perros y arcabuceros lo persiguieron y le dieron caza y varias veces Domingo fue ahorcado. En varios días de gran aplauso, Domingo fue arrastrado por las calles de Cartagena, amarrado a la cola de una mula, y varias veces le cortaron el pene y lo clavaron en alta pica. Sus cazadores fueron premiados con sucesivas mercedes de tierras y varias veces les dieron títulos de marqueses; pero en los palenques cimarrones del canal del Dique o del bajo Cauca, Domingo Bioho reina y ríe con su inconfundible cara pintada.

72 - Galeano, 1984:12.

EL SANTO BLANCO Y SU SANTA MUJER⁷³



Los negros libres viven en estado de alerta, entrenados para pelear desde que nacen y protegidos por barrancos y despeñaderos y hondos fosos de púas venenosas. El más importante de los palenques de esta región, que existe y resiste desde hace un siglo, tendrá nombre de Santo. Se llamará San Basilio, porque pronto llegará su efigie desde el río Magdalena. San Basilio será el primer blanco autorizado a entrar. Vendrá con mitra y bastón de mando y traerá una iglesita de madera con mucho milagro adentro. No se asustará del escándalo de la desnudez ni hablará jamás con voz de amo. Los cimarrones le ofrecerán casa y mujer. Le conseguirán una santa hembra, Catalina, para que en el otro mundo Dios no le dé por esposa una burra y para que juntos se disfruten en esta tierra mientras estén.

73 - Galeano, 1984:12.

BIBLIOGRAFÍA

- ARARAT CORTÉS, *Pedro Walther* [1980]. "Las sobrevivientes". En: Revista Ekuóreo N°2. Cali, 1980.
- ___ [2011]. La calle del negro. Cali: Univalle.
- ARTEL, *Jorge* [1934]. Tambores en la noche. Cartagena: Bolívar, 1940.
- BURGOS CANTOR, *Roberto* [2003]. Cuentos. En: Revista Conversaciones desde La Soledad. No. 3. Bogotá: enero de 2003.
- BUSTOS AGUIRRE, *Rómulo* [1993]. En el traspasio del cielo. En: Obra poética. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010.
- ___ [1998]. La estación de la sed. En: Obra poética. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010.
- CASSIANI PÉREZ, *Uriel* [2010]. Ceremonias para criaturas de agua dulce. Cartagena: Pluma de Mompox.
- COLLAZOS, *Óscar* [1974]. Biografía del desarraigo. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CUESTA, *Guiomar y Ocampo, Alfredo* [2010] (compiladores). Antología de mujeres poetas afrocolombianas. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- FALS BORDA, *Orlando* [1980/1981]. Historia doble de la costa. Bogotá: Carlos Valencia.
- FRIEDEMANN, *Nina S. de* [1978]. "Literatura de negros". En: Niño, Hugo (coordinador), Literatura de Colombia aborigen. Bogotá: Instituto colombiano de Cultura.
- ___ & CROSS, *Richard* [1979]. Ma Ngombe: guerreros y ganaderos en Palenque. Bogotá: Carlos Valencia.
- GALEANO, *Eduardo* [1984]. Memoria del fuego. II. Las caras y las máscaras. México: Siglo XXI.
- JULIO ROMERO, *Pedro Blas* [1971]. Cartas a un soldado desconocido. Bogotá: Tercer Mundo.

- MARTÍN GÓNGORA, *Helcias* [1974]. Historias sin fecha. Bogotá: Instituto colombiano de cultura.
- OBESO, *Candelario* [1877]. Cantos populares de mi tierra. Cartagena: Pluma de Mompo, 2007.
- PALACIOS, *Arnoldo* [1949]. Las estrellas son negras. Bogotá: Intermedio, 2007.
- POSSO FIGUEROA, *Amalia Lucía* [2001]. Veán vé, mis nanas negras. Bogotá: Ediciones brevedad, séptima edición, 2006.
- REVELO HURTADO, *Baudilio* [2010] (compilador). Cuentos para dormir a Isabella. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- RIVAS LARA, *César E.* [1983]. Tragicomedia de burócratas. Quibdó: Empresa de licores del Chocó.
- ___ [2006]. Relatos fantásticos. Quibdó: Alcaldía municipal.
- ROBINSON ABRAHAMS, *Hazel* [2002]. ¡No te rindas! Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (sede San Andrés).
- ROBINSON-BENT, *Lenito* [1988]. Sobre nupcias y ausencias. Medellín: Lealón.
- ___ [2010]. Las casas huidizas y otros cuentos sobre fugas. En: Sobre nupcias y ausencias y otros cuentos. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, *Gregorio* [1938]. La bruja de las minas. Cali: Sánchez Gómez Hermanos, 1947.
- TRUQUE, *Carlos Arturo* [1993]. Vivan los compañeros. Bogotá: Colcultura.
- ___ Vivan los compañeros. Cuentos completos [2004]. Cali: Univalle.
- TRUQUE, *Sonia Nadhezda* [1996]. Historias anómalas. Bogotá: Magisterio.
- TURBAY, *Sandra* [2007]. "Los animales de monte en la tradición oral del Caribe colombiano". En: Revista de literaturas populares. Año VII. N° 2, julio-diciembre de 2007.
- VANÍN, *Alfredo* [1990]. Cimarrón en la lluvia. Obra poética. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010.
- ___ [2006]. Jornadas del tahúr. En: Obra poética. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010.

- ___ [2009] (compilador). Palabras pacíficas. Cali: Fundación Sociedad regional portuaria de Buenaventura.
- VELÁSQUEZ, *Rogerio* [1957]. Fragmentos de historia, etnografía y narraciones del Pacífico colombiano negro. Bogotá: Instituto colombiano de antropología e historia, 2000.
- ZAPATA OLIVELLA, *Manuel* [1983]. Changó, el gran putas. Bogotá: Oveja Negra.

Esta compilación se hace en atención a la ascendencia de sus autores y a la extensión de los textos. En relación con lo primero, hay una historia lamentablemente irrevocable: ciertos acontecimientos hicieron real la esclavitud y, sin miramientos morales, los nuevos lo usufructúan: en Colombia hemos oscilado entre negar y desdeñar la literatura hecha por nuestros compatriotas afrodescendientes. Y, en relación con el segundo tópico, vemos que siempre ha habido relatos cortos, pues ciertas circunstancias los suscitan en cada época (la fábula, por ejemplo, suscitada por una intención moralizante-pedagógica), pero también se agazapan en modalidades más extensas.

Con esta Muestra de cuento corto afrocolombiano no sugerimos un dominio sobre ese campo. Ya otros completarán este panorama, poco explorado en Colombia. Suministramos información de las fuentes para mostrar que el recorte no es un irrespeto al texto ni al escritor, sino una apuesta por lo insólito -escondido en anudamientos de mayor aliento y dotados de otros derroteros-, una apuesta por la consolidación de lo que Italo Calvino consideraba el género del siglo XXI.

Guillermo Bustamante Zamudio

Harold Kremer

